10142

RAFAEL LOPEZ DE HARO

SER O NO SER

COMEDIA EN TRES ACTOS **50 cts.**

EL BARCO EMBRUJADO

de

Alberto Insúa

❀

Novela fantástica, en la que el popular novelista lleva a sus numerosos lectores, en un viaje maravilloso, al país donde la vergüenza no existe.

❀

Cinco pesetas

❀

En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

de

Francisco Camba

❀

Novela realista, de ambiente madrileño y de pasiones exaltadas, en la que destacan, sobre un fondo castizo, dos interesantes figuras de mujer.

❀

Cinco pesetas

❀

En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

SER O NO SER

RAFAEL LOPEZ DE HARO

SER O NO SER

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid, el día 2 de marzo de 1926.

DIBUJOS DE BARBERO

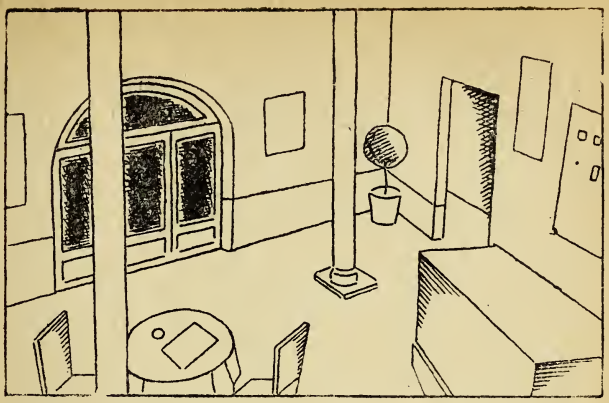
LA FARSA

AÑO IV | 11 DE ENERO DE 1930 | NUM. 122

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Adoración (23 años)....	Srta. Guerrero López (María).
La marquesa (50 años)	Sra. Guerrero (Ana).
Crisanta (50 años).....	" Bofil.
Rodrigo (26 años).....	Sr. Díaz de Mendoza Guerrero (F.).
Gregorio (40 años).....	" Juste.
El conde (55 años).....	" Román.
Bernardo (30 años)....	" Díaz de Mendoza (F.).
Fulánez (30 años).....	" Beringola.
El conserje.....	" Vázquez.
Viajero 1.º.....	" Ortega.
Viajero 2.º.....	" Ferriz.
Policía 1.º.....	N. N.
Policía 2.º.....	N. N.



ACTO PRIMERO

Especie de "hall", a la vez recibimiento, escritorio y "comptoir" de un Hotel provinciano de tercer orden. Al fondo, doble puerta de cristales que da a un zaguán iluminado por un globo, en el que se podrá leer la palabra HOTEL. Forillo de calle, de noche. En el rincón de la izquierda—del actor—, el "comptoir" y conserjería con su mostrador, sobre el que habrá dos llaves, su taquillero-llavero, su cuadro de las llamadas del timbre y su pizarra para anotar la hora a que debe ser despertado cada viajero. En el mismo lado de la izquierda, puerta con el rótulo: COMEDOR. En el lienzo de la derecha, arranque de la escalera que conduce a las habitaciones altas del Hotel. En sitio conveniente, una mesa con tintero, carpetas, el Anuario del Comercio, Guías de ferrocarriles, revistas ilustradas y periódicos. En las paredes, los cuadros de anuncios de una Compañía de navegación, de alguna marca de vinos, diploma de la Sociedad de Viajantes y otros propios de estos lugares. El almanaque de pared, bien visible, presentará la hoja de un día de enero. Habrá veladores, sillas, butacas, algunas de éstas con el respaldo alto, bien profundas, de modo que la persona sentada en ellas pueda casi ocultarse a la vista de quien esté a sus espaldas; sillas, etc. Son las doce y media de la noche.

(Al levantarse el telón se hallan en escena el CONSERJE, *detrás del mostrador; los* VIAJEROS PRIMERO *y* SEGUNDO, *en pie, y sentado,* GREGORIO.*)*

669939

CONSERJE.—*(Al Viajero primero.)* El veinticuatro. Es un cuarto interior, pequeño; pero tiene la ventaja de que allí no llegan los ruidos.

VIAJERO PRIMERO.—¿Dice usted que interior?

CONSERJE.—Interiorísimo: en el fondo de un pasillo, sin ventilación y pequeño. ¿Para qué le voy a engañar a usted? Se trata de una habitación que ni para criados se ocupa. Pero esta noche es caso extraordinario.

VIAJERO SEGUNDO.—¿Se sabe, por fin, a qué hora tendremos tren?

GREGORIO.—Dicen que entrada la mañana. Y es una suerte. Así podremos dormir.

VIAJERO PRIMERO.—No veo radiadores...

CONSERJE.—Aquí no hace frío.

GREGORIO.—Estamos en Andalucía.

VIAJERO PRIMERO.—Pues a mí me parece que estamos en el Polo. *(Se frota las manos y da golpes con los pies en el suelo.)* En estos climas con fama de templados es donde más frío se pasa; se vive de verano en todo tiempo...

VIAJERO SEGUNDO.—Yo estoy aterido. De seguro he cogido algo, tal vez una pulmonía. ¡Es intolerable!

GREGORIO.—Pues ha sido una suerte que el accidente ferroviario nos detenga aquí en el rigor del invierno. Si llega a ser en verano, estaríamos peor: los mosquitos de este pueblo son xenófagos.

VIAJERO SEGUNDO.—¿Qué?

GREGORIO.—Les pican con preferencia a los forasteros.

VIAJERO SEGUNDO.—Lo mismo les sucede a los de Sevilla. Pero allí no les llaman xenófagos. Me parece que les llaman cínifes.

CONSERJE.—Los de aquí son de trompetilla.

VIAJERO SEGUNDO.—En todo tiempo es vergonzoso que sucedan estas cosas. En el campo, durante el trayecto que hemos hecho a pie para transbordar, el airecillo de la sierra le traspasaba a uno. ¡Era intolerable!

GREGORIO.—No haberlo tolerado. Para mí ha sido una

gran suerte el tener que dar ese paseíto después de cuatro horas en el coche parado, sin calefacción. Me he desentumecido.

VIAJERO PRIMERO.—El desprendimiento de tierras ocurrió, según parece, minutos antes de llegar el rápido.

GREGORIO.—Por fortuna.

VIAJERO SEGUNDO.—Lo afortunado sería que el desprendimiento hubiera sucedido después de pasar nosotros.

GREGORIO.—Pudo ocurrir al mismo tiempo, y en ese caso, estaríamos sepultados.

VIAJERO PRIMERO.—Le debemos la vida al guardabarrera, que corrió a detener el tren.

GREGORIO.—Es una suerte que el guardabarrera se diese cuenta del peligro.

VIAJERO PRIMERO.—Sin embargo, la máquina ha quedado empotrada.

GREGORIO.—Es una suerte que las máquinas vayan a la cabeza del tren.

VIAJERO PRIMERO.—Para usted todo es una suerte.

GREGORIO.—¡Qué quiere usted! Creo que el hombre nunca se queja con justicia; siempre pudo sucederle algo peor.

VIAJERO PRIMERO.—¿Hasta cuando se muere?

GREGORIO.—Es claro. Pudo haberse muerto antes.

VIAJERO PRIMERO.—No sé cómo en estas circunstancias hay quien pueda estar de buen humor.

GREGORIO.—No sé que el ponerse de mal humor mejore en nada las circunstancias. Y no siendo así, no hay para qué añadir, a la incomodidad del momento, la incomodidad del mal humor.

VIAJERO PRIMERO.—Me parece que no es cosa de perder el tiempo diciendo tonterías.

GREGORIO.—Si usted lo cree así, guarde silencio.

VIAJERO PRIMERO.—Es lo mejor. *(Al Conserje.)* ¿No hay otra habitación disponible?

CONSERJE.—Los señores son los últimos viajeros del

tren detenido que llegan al hotel. Otros, que vinieron antes, lo han ocupado todo, menos ese cuarto que le ofrezco y otro, con dos camas, que no es mucho mejor.

VIAJERO PRIMERO.—Prefiero estar solo. Deme la llave. *(La toma de manos del Conserje.)* Malas noches. *(Mutis por la escalera.)*

GREGORIO.—Es una suerte que haya alojamiento separado para ese señor.

CONSERJE.—Aviado va. El cuarto es una nevera. *(Llega* ADORACIÓN. *Temerosa, permanece en el zaguán, sin decidirse a entrar.)*

VIAJERO SEGUNDO.—Tendremos que acomodarnos los dos en esa habitación que queda.

GREGORIO.—*(Que ha visto a Adoración.)* ¡Linda mujer! Señor, hay que cederle el dormitorio.

VIAJERO SEGUNDO.—Yo he llegado antes y no renuncio a mi derecho. Soy enemigo de la galantería. Con las guapas, porque creen que se les debe todo, y con las feas, porque imaginan que no lo son y tampoco lo agradecen.

GREGORIO.—No estamos conformes.

VIAJERO SEGUNDO.—¿De modo que usted está dispuesto a quedarse sin habitación para que la tenga esa mujer?

GREGORIO.—Desde luego.

VIAJERO SEGUNDO.—Pues yo no. A mí una noche en vela me sienta muy mal. *(Adoración entra en el hall tímidamente, y va a situarse a un lado, de pie, esperando.)* Tendremos que acomodarnos usted y yo en esa habitación, y lo siento pro usted. Soy sonámbulo, y después de las impresiones del día, es seguro que me pasaré la noche dando gritos y zapatetas.

GREGORIO.—¿Sonámbulo? Pues es una suerte que sea usted sonámbulo. Precisamente yo me dedico a estudiar los fenómenos oníricos: los sueños; y ese estado sonambúlico me interesa. Le observaré a usted y me prometo publicar su caso en el libro que estoy escribiendo. Una documentada reputación de Fraud. *(Pro-*

núnciese Froid.) Si no sueña usted pronto en voz alta, le provocaré la pesadilla mediante pases magnéticos, la compresión metódica de ciertas arterias y la influencia mental. ¡Oh! Soy muy práctico.

CONSERJE.—¿A que va usted a ser el ilusionista ese que espera la Empresa del teatro? Dicen que mira a un hombre y lo hace un cesto.

VIAJERO SEGUNDO.—¿Un cesto? ¡Se librará usted muy bien de ensayar conmigo!

GREGORIO.—Usted, dormido, no lo ha de notar, y como mañana no se acordará de nada...

CONSERJE.—¡Eso es!

GREGORIO.—Cuando le haya puesto en trance les avisaré a ustedes. El fenómeno es maravilloso, estupendo. Le sugeriré el sonambulismo parlante, el deambulatorio..., y tal vez lleguemos al funcional. Es el modo que tengo de anunciarme casi siempre.

VIAJERO SEGUNDO.—*(Remellándose el párpado con el dedo.)* Usted es ilusionista... porque se forja la ilusión de que diciéndome todo eso voy a renunciar a la cama. A mí con embustes, no. Y ahora le advierto que no soy sonámbulo, que tengo el sueño más ligero que un zorro, y que si se acerca usted a mí a comprimirme la arteria esa que ha dicho, me tiraré del lecho y le daré a usted una tunda parlante, deambulatoria y funcional. *(Toma la llave del mostrador.)* Y en cuanto lo haya puesto en trance, les avisaré a ustedes. Buenas noches. *(Mutis por la escalera.)*

GREGORIO.—Usted se habrá dado cuenta. *(A Adoración.)*

ADORACIÓN.—De su intento, sí, señor; desde que llegué. Agradecida. *(Al Conserje.)* ¿No habrá un refugio?

CONSERJE.—No, no hay nada ya.

ADORACIÓN.—Me lo figuraba. ¡Todo sea por Dios! ¿Me permitirá usted al menos pasar la noche en una de estas butacas?

CONSERJE.—A eso no me puedo negar.

ADORACIÓN.—*(Sentándose en una butaca, de espaldas al foro.)* ¡Dios se lo pague!... ¡Estoy rendida!

GREGORIO.—Sí; ha sido una caminata vía adelante... Señora...

ADORACIÓN.—Señora, sí. ¿Qué más da?

GREGORIO.—En el otro hotel los viajeros que no hallaron acomodo han organizado partidas de pocker y de mah-jongg. La gente joven ha abierto una pianola y baila. Entre aquello y pasar la noche ahí, luchando con el sueño y con el frío, la elección no es dudosa. La acompaño a usted.

ADORACIÓN.—Gracias, caballero. Prefiero quedarme. Estoy acostumbrada a velar.

GREGORIO.—*(Al Conserje.)* ¿Usted estará aquí?

CONSERJE.—No, yo no puedo. Soy el único conserje. A las ocho de la mañana tengo que empezar el servicio otra vez. Dentro de un rato cierro y me retiro.

GREGORIO.—En tal caso, señora, el mejor servicio que puedo hacerla es dejarla.

ADORACIÓN.—Sí..., claro... *(Dubitativa.)*

GREGORIO.—Aunque pugne con mis sentimientos, aunque me violente.

ADORACIÓN.—Agradecida, señor, agradecida.

GREGORIO.—*(Después de un ademán de resignación.)* Si necesita usted algo, si le ocurre algo, no vacile en llamarme. A los pies de usted.

ADORACIÓN.—Beso su mano, caballero. *(Se reclina en la butaca como para dormir.)*

GREGORIO.—*(Hablando con el Conserje, junto al mostrador.)* Merecía ese hombre que yo fuera de veras ilusionista para hacerle pagar cara su falta de consideración. En fin, no hay remedio. *(Inicia el mutis.)* ¡Ah!, mire: en el otro hotel tengo el equipaje de mano. A primera hora, en cuanto usted se levante, me lo hace traer.

CONSERJE.—*(Disponiéndose a tomar nota.)* Su nombre...

GREGORIO.—Gregorio Marqués.

CONSERJE.—*(Que no ha oído bien.)* ¿Marqués?

GREGORIO.—Sí, Marqués.

CONSERJE.—¿Marqués de...?

GREGORIO.—Marqués de Armer.

CONSERJE.—Vuecencia será servido, señor Marqués... *(Anotando en la pizarra.)* Señor Marqués de Armer.

GREGORIO.—*(Ya junto a la escalera.)* ¡Lo de siempre!... *(Encogimiento de hombros.)* Bueno está.

CONSERJE.—*(Que acaba de escribir su anotación.)* No tenga cuidado el señor Marqués. El propietario del hotel va a sentir mucho no haber recibido como corresponde al señor Marqués.

GREGORIO.—Hasta mañana. *(Mutis por la escalera.)*

CONSERJE.—Que pase muy buena noche, señor Marqués. *(Viniendo hacia Adoración.)* Quería quedarse en vela por cederle su habitación a usted. Bien se veía que es un señor. ¿Venía usted en el rápido?

ADORACIÓN.—Sí, señor.

CONSERJE.—Pues se ha descuidado usted mucho.

ADORACIÓN.—Me detuve por si había algún viajero herido a quien asistir. No había ninguno, por fortuna.

CONSERJE.—¿Y ahora viene usted del otro hotel?

ADORACIÓN.—No: vengo de la sala de espera de la estación, donde me proponía pasar la noche. Pero allí no podía estar. *(Pausa.)* Unos guardias volvían a la población y les he rogado que me acompañasen.

CONSERJE.—La verdad es que una mujer sola... *(Va a la puerta de cristales, la cierra y deja la llave pendiente de una cadena.)*

ADORACIÓN.—¿Nada más que eso?

CONSERJE.—Nada más. Así, con la luz encendida, es como estar en la plaza, de donde no falta el sereno. El tiene otra llave para abrir a los huéspedes que se recogen tarde. Este es un pueblo muy tranquilo. Ea; yo, con el permiso de usted... *(Pausa.)* No le puedo ofrecer a usted mi cama, que aunque conserje, soy lo mío de educado también..., y no se la ofrezco porque dor-

mimos en la misma guardilla los cuatro camareros y yo.

ADORACIÓN.—La intención agradezco. *(Llega* FULÁNEZ, *que llama imperiosamente dando golpes en la vidriera.)*

CONSERJE.—Voy, señor. *(Adoración mira rápidamente y, al reconocer a Fulánez, se hace un ovillo, queriendo ocultarse con el respaldo de la butaca.)*

CONSERJE.—*(Yendo a abrir.)* Este sí que fué listo. El primero que vino. Por eso tiene la mejor habitación. *(Abre.)*

FULÁNEZ.—Hola. ¿Qué? ¿Se llenó esto?

CONSERJE.—Y otro tanto que hubiera.

FULÁNEZ.—Eso ya lo sabía yo. Buenas noches. *(Mutis por la escalera.)*

CONSERJE.—Que descanse. *(A Adoración.)* ¿No quería usted que la viera?

ADORACIÓN.—*(Con sobresalto.)* ¿Me ha visto?

CONSERJE.—Me hago cargo. No, creo que no la ha visto a usted... Vaya, yo también voy para arriba. Que lo pase usted menos mal. *(Al mutis.)* Con quedarme en nada la alivio. Buenas noches. *(Mutis.)*

ADORACIÓN.—*(Al quedarse sola, mira a todas partes miedosa. Toma su maletín, va a la puerta, abre, se asoma y retrocede, sin volver a cerrar.)* ¡Qué noche! *(Vuelve a primer término y duda otra vez.)* ¿Me habrá visto? ¡Dios mío, que no me haya visto! *(Se sienta en la butaca. Un silencio expectante. Ahoga un grito, se pone de pie y va a marchar hacia la puerta, cuando la aparición de* FULÁNEZ *la deja atónita.)*

FULÁNEZ.—No me hubiese podido dormir sabiendo que estaba usted tan cerca y sin albergue.

ADORACIÓN.—Déjeme usted salir.

FULÁNEZ.—Sería una crueldad. La calle está a obscuras y hace mucho frío.

ADORACIÓN.—Déjeme usted salir.

FULÁNEZ.—Escúcheme un momento. Sea usted razonable.

ADORACIÓN.—*(Intento de ir a salir; Fulánez le corta el paso. Retrocede ella.)* Me queda el recurso de gritar.

FULÁNEZ.—Ya se va usted poniendo en razón. Quedándole ese recurso, no hay por qué extremar las cosas desde el principio.

ADORACIÓN.—¿Qué se propone usted?

FULÁNEZ.—Dar posada al peregrino. En cuanto supe que los viajeros del rápido haríamos noche en este pueblo, calculé lo que ha sucedido: que se llenarían los hoteles, las pequeñas fonditas que aquí hay. Por eso, anticipándome a todos, tomé en ésta la mejor habitación... para ofrecérsela a la más linda viajera.

ADORACIÓN.—Es usted un insolente.

FULÁNEZ.—Después hemos jugado al escondite. De la sala de espera ha salido usted huyendo de mí.

ADORACIÓN.—De sus osadías.

FULÁNEZ.—Por un momento he creído fracasada la combinación; se me había usted escapado. Pero al entrar aquí la veo en la butaca, me hago el distraído... y ya estamos a solas.

ADORACIÓN.—Obrando como un ratero.

FULÁNEZ.—Cuando yo tropiezo con un asunto como éste, no lo dejo perder con facilidad. Eso lo ha debido usted comprender. No es usted tan novicia en estos lances para no haberse dado cuenta.

ADORACIÓN.—*(Apurada.)* Le aseguro a usted que se ha equivocado y debe dejarme.

FULÁNEZ.—¡Vaya, vaya! Ante todo, no quiero que me tome usted por un imbécil que asedia sin más ni más a una mujer desconocida. Entendámonos. A mí, cara que he visto, y menos si es bonita como ésa, no se me despinta jamás.

ADORACIÓN.—*(Aterrada.)* ¡Oh!

FULÁNEZ.—Nos hemos "conocido"..., ¿usted se fija?, co-no-ci-do, hará cosa de seis años, en París.

ADORACIÓN.—*(Rehaciéndose.)* ¡Mentira! Usted a mí

no me conoce, no me ha visto antes. ¡Yo no he estado nunca en París!

FULÁNEZ.—¿A qué viene eso? Cuando me decido a hablar como hablo, es que estoy seguro. Desde Málaga vengo fijándome, precisando el recuerdo.

ADORACIÓN.—Ofuscándose en su error.

FULÁNEZ.—Señorita, yo sé conducirme discretamente. Estoy dispuesto a no haberla visto a usted aquí. ¿Me comprende? Mañana continuaremos el viaje..., y yo "no la he visto a usted"... ¡Palabra!... Pero es una majadería esa insistencia en negarme que nos hemos conocido en París.

ADORACIÓN.—¡Lo negaré siempre! Aunque me martirizasen lo negaría.

FULÁNEZ.—*(Acercándose al oído de Adoración.)* ¿Qué sabe usted de Bernardo?

ADORACIÓN.—*(Separándose espantada.)* ¡Ah! ¡Ah!

FULÁNEZ.—¿Ve usted?

ADORACIÓN.—Es que me da usted miedo. Déjeme salir. *(Hay unos regateos; ella intenta salir, y él cortándole el camino.)* ¡Déjeme usted salir! ¡Déjeme usted salir, o grito!

FULÁNEZ.—¡Bah! No grita usted, ¿a que no?

ADORACIÓN.—¡Por su madre... déjeme usted salir!

FULÁNEZ.—¿Ve usted cómo no grita? Ea, serénese y hablemos. ¡No sea usted niña! *(Intenta acariciarla. Llega* RODRIGO. *Viste el uniforme de legionario. En la manga, los galones indicadores de cinco heridas. Instantáneamente comprende lo que pasa e irrumpe en escena con violencia.)*

RODRIGO.—*(Asiendo de un brazo a Fulánez y haciéndole dar media vuelta de manera que queden frente a frente.)* ¡Cobarde!

ADORACIÓN.—¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Se cubre el rostro con las manos y se hace un ovillo en una butaca, queriendo desaparecer.)*

FULÁNEZ.—Usted... ¿Con qué derecho?

RODRIGO.—¡No me replique, que lo estrangulo!

FULÁNEZ.—*(Perdiendo terreno.)* Es que...

RODRIGO.—¡Largo de aquí!...

FULÁNEZ.—Tengo que explicarme. Es necesario. *(Sigue perdiendo terreno.)*

RODRIGO.—No es necesario. ¡Largo de aquí!...

FULÁNEZ.—Ya me voy, hombre. No se ponga usted así. No merece esa hembra que por ella se maten dos hombres. *(Al hacer mutis por la escalera.)* ¡Qué tontería! *(Mutis.)*

RODRIGO.—*(Unos pasos en persecución de Fulánez. Se detiene.)* ¡Bah! No vale la pena. *(Cambiando de tono, descubriéndose y saludando con exquisita cortesía.)* Usted perdone, señora, la brusquedad de la presentación.

ADORACIÓN.—*(Sin mirarle, recatando el rostro.)* Le ha traído a usted la Providencia, caballero.

RODRIGO.—¿Está usted sola?

ADORACIÓN.—Sí, muy sola.

RODRIGO.—¿Y no tiene habitación?

ADORACIÓN.—No. Me han permitido que pase la noche aquí, y aquí estaba cuando...

RODRIGO.—No me explique usted nada, no quiero saber.

ADORACIÓN.—Gracias. Es usted todo un caballero.

RODRIGO.—Que se tiene que ir. Estamos solos y tardará aún bastante en amanecer.

ADORACIÓN.—¡No se vaya usted! ¡Si usted se fuera, volvería seguramente ese hombre!

RODRIGO.—*(Sentándose.)* Ni una palabra más. Esta será mi mejor noche de guardia.

ADORACIÓN.—Es un abuso por mi parte; pero iba a morirme de miedo.

RODRIGO.—No me agradezca usted mucho la compañía, señora. Su necesidad me favorece porque justifica mi presencia aquí. De otro modo, me hubiera pasado la noche al raso..., como tantas otras. Nosotros somos buenos amigos de las estrellas.

ADORACIÓN.—Creo que en el otro hotel, que sin duda es de más categoría, hay juegos y baile.

RODRIGO.—De allí me ha expulsado la vulgaridad. Buscando soledad y silencio andaba. Después de haber visto lo que la vida vale, encuentro absurda la vida. Buscando soledad y silencio andaba. Puede usted dormirse tranquilamente, señora. *(Reparando.)* Pero se va a apoderar de usted el frío. *(Se levanta y se quita su capote con el que intenta abrigarla.)* Permítame.

ADORACIÓN.—*(Que ahora se ve obligada a mirar cara a cara a Rodrigo.)* ¡De ningún modo! ¿Y usted?

RODRIGO.—A mí no me puede nada. *(Permanecen un momento mirándose, él en su ademán frustrado de ir a abrigarla.)*

ADORACIÓN.—Le ruego que me dispense de aceptar...

RODRIGO.—Como usted quiera. *(Deja el capote sobre una silla y se sienta, sonriendo.)* Pues duerma, duerma.

ADORACIÓN.—Para que usted me abrigue en cuanto me haya dormido.

RODRIGO.—No. No vaya a velar por temor a eso.

ADORACIÓN.—A mí tampoco me puede nada.

RODRIGO.—Bien. Pues a dormir. *(Pausa.)* ¿Me permite usted fumar?

ADORACIÓN.—¡Desde luego!

RODRIGO.—Con su venia. *(Saca su pipa, la carga y la enciende en el transcurso del diálogo.)*

ADORACIÓN.—¿Va usted a Madrid?

RODRIGO.—A Madrid, sí, señora.

ADORACIÓN.—Con un permiso.

RODRIGO.—No, licenciado. He saldado mi compromiso con las armas... y con mí mismo.

ADORACIÓN.—Ya se ve. Herido cinco veces.

RODRIGO.—Y ninguna con eficacia.

ADORACIÓN.—Se acabó el pelear.

RODRIGO.—Se acabó. Mañana dejaré de ser legionario, dejaré de ser quien soy; se extinguirán esta personalidad y este nombre que me puse al engancharme. ¡Es como morir!

ADORACIÓN.—Sí, es como morir. Sin embargo, usted retorna a su anterior estado por su voluntad.

RODRIGO.—Porque no podía seguir en la guerra. Menos la muerte, la verdadera muerte, la guerra me ha dado con largueza todo lo que le pedí. He llegado en ella a las cumbres del triunfo y he bajado a los abismos del dolor. Ya es bastante, señora. Empezaba a cansarse mi corazón. Los sentimientos, que parecen poder abarcar los infinitos, tienen su límite.

ADORACIÓN.—¿Su nombre de guerra?

RODRIGO.—Rodrigo Díaz, el del Cid. Ya ve usted si fuí orgulloso al alistarme.

ADORACIÓN.—No le inspiró el orgullo; eso es poesía. ¡Todo es poesía!

RODRIGO.—Para los poetas.

ADORACIÓN.—Nadie más poeta que un legionario.

RODRIGO.—Puede ser. Todo es, al fin, la misma exaltación. *(Pausa.)* Pero duerma, duerma... ¿Señora? ¿Señorita?

ADORACIÓN.—Dígame señora.

RODRIGO.—Señora... *(Al asaltarle el recuerdo.)* ¡Yo he visto a usted en otra ocasión!

ADORACIÓN.—*(Alarmada.)* ¿A mí?... ¡No! ¡Imposible!

RODRIGO.—El caso es que no lo puedo asegurar. Su cara de usted revive en mí, no una impresión física, la que retienen los sentidos... ¡No es eso! *(Rebuscando en su memoria.)* Espere usted...

ADORACIÓN.—No se esfuerce; somos completamente desconocidos.

RODRIGO.—Espere usted, espere usted. *(Rodrigo irá evocando con emoción creciente.)* La bala enemiga aquí *(Señalándose el pecho.)*, no más advertida que el botonazo que se recibe tirando al florete. "Tocado", es decir, herido. "Creo que estoy herido"... Inmediatamente el latigazo del dolor intensísimo. ¡Estoy herido! El borbollón de sangre, que sabe a hierro, en los labios, el desplome del cuerpo que se cae... y la pérdida de la

luz. Después, como una pesadilla, el transporte a hombros de los camilleros; los vaivenes de un navegar fúnebre y espantoso. La cura de urgencia. ¡Ya se va acercando usted!

ADORACIÓN.—¡Por ese camino, sí! Continúe usted. ¡Ya no temo!

RODRIGO.—El ingreso en el hospital, la mesa de operaciones. ¡Las nieblas otra vez! Sigue el estruendo interior de una fiebre altísima, las nubes rojas... Más tarde... ¡Nada! La sensación de haber dejado de existir como hombre, la ligereza de la inmaterialidad. ¡Ah! No quisiera haber vuelto de aquel estado delicioso. Le aseguro a usted, señora, que si el tránsito definitivo es así, no debe acobardarnos, lo debemos desear...

ADORACIÓN.—El placer de morir de que hablan los místicos... ¿Recuerda usted cómo lo expresó Santa Teresa?

(Con emoción.) "Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir;
porque el placer de morir
no me vuelve a dar la vida."

(Animándose.) Pero siga usted su evocación, señor legionario.

RODRIGO.—La vida, con su gravedad, con su pesadumbre, tiraba de mí, me infundía en mi propio barro. Desde la altura de mi delirio me sentí caer en la cama del hospital como quien cae en una sima. Finalmente, vino el sueño, el sueño normal, que era anuncio de salud, y al abrir los ojos a la realidad..., a mi cabecera, con cara de Virgen Dolorosa, compartiendo mi dolor... El recuerdo se ha precisado: es nítido, seguro. ¡Usted es Sor Adoración!

ADORACIÓN.—*(Asintiendo, casi sin voz.)* Sí.

RODRIGO.—La ausencia de las tocas, que transfiguran a la mujer y la espiritualizan, me había desorientado. El herido ve a la Hermana de la Caridad como

a un ser superhumano. Por eso he tenido que buscar la imagen de usted donde se hallaba: en el fondo del alma. Usted es Sor Adoración. ¡Usted es aquella santa mujer!

ADORACIÓN.—Aquella sierva del Señor. Yo también acabo de reconocerle, caballero legionario. El sufrimiento transfigura también. Las Hermanas de la Caridad vemos a los héroes como a seres superhumanos; hay en ellos no sé qué resplandor que, como las tocas, idealiza los rostros. Además, he visto tantos... Pero ya estoy segura. Cayó usted gloriosamente; estuvo usted algunas horas en el campo; sus bravos compañeros le rescataron arriesgadamente. Sin duda lo merecía usted. Mis recuerdos también se fijan. Traía usted la bala en un pulmón. La operación para extraérsela fué difícil. Hubo fiebre, es verdad. En el delirio llamaba usted, como casi todos, a su madre. *(Pausa.)* Ahora irá usted a verla.

RODRIGO.—*(Sombrío.)* Rodrigo Díaz nació al alistarse en el Tercio. No tiene madre humana.

ADORACIÓN.—*(Temiendo haber hablado de más.)* ¡Ah!... Perdone.

RODRIGO.—*(Se pasa la mano por la frente espantando una idea.)* Dejemos eso. Es usted efectivamente Sor Adoración. Pues no me explico cómo la encuentro aquí... y en ese traje.

ADORACIÓN.—Es que yo también he cumplido mis compromisos con la Caridad y no he renovado mis votos.

RODRIGO.—También por fatiga del corazón.

ADORACIÓN.—¡Oh! ¡No! De combatir, de matar, puede cansarse un corazón. De compadecer no se cansa nunca. Yo no he renovado mis votos... porque no podía. *(Con tristeza.)* ¡No podía! Sor Adoración ya no existe. Tiene usted razón, señor legionario: esto se parece mucho a morir. El pasado ha sorprendido a Sor

Adoración, que se creía libre de él, y le ha dado la muerte. ¡Ya no existe Sor Adoración!

RODRIGO.—El pasado... o el porvenir.

ADORACIÓN.—Debemos recuperar nuestros antiguos nombres.

RODRIGO.—El de usted era...

ADORACIÓN.—No quiero que lo sepa usted. *(Con dolor.)* ¡Iba a perder todo su prestigio Sor Adoración!

RODRIGO.—Su pasado tal vez...

ADORACIÓN.—Imagine usted lo más triste, lo más amargo.

RODRIGO.—No debía haber penas ni amarguras para las mujeres hermosas.

ADORACIÓN.—Ni para los hombres buenos. Usted es bueno..., aunque su pasado tal vez...

RODRIGO.—Imagine usted lo peor, lo más vergonzoso.

ADORACIÓN.—¡Pobre hombre!... *(En un arranque cordial.)* Pero yo sólo veo en usted al legionario valiente.

RODRIGO.—Y yo en usted, sencillamente, una virtud. Nunca dos almas se habrán enfrentado con tanta libertad, con tanta pureza. No somos un hombre y una mujer; ni siquiera somos la Hermana de la Caridad y el soldado herido. Acabamos de perder nuestras existencias por segunda vez. No somos nadie. Dos entes, dos sombras, dos personajes imaginarios. Y el caso es, señora, que somos, que vivimos.

ADORACIÓN.—No es eso lo peor. Lo peor es que hemos sido, que hemos existido. ¡Ah, si fuese posible no haber existido!

RODRIGO.—Aquello se borró, señora. ¡Ahí es nada habernos quitado nuestro primitivo nombre! Cuando nacemos y nos ponen un nombre y dos apellidos nos catalogan, nos amarran, nos hacen pobres o ricos, nobles o viles, y ya no podemos ser otra cosa, no podemos ser lo que quisiéramos: ser nosotros mismos. ¡Es una injusticia! Desnudos y sin nombre nacemos todos. ¿Por qué ponernos en un lugar, clavarnos a un sujeto,

marcarnos con un estigma? De esa esclavitud del nombre nos hemos libertado nosotros. ¡Nadie! No somos nadie. Como si estuviésemos solos en el mundo. Somos netamente dos personas, dos seres.

ADORACIÓN.—El pasado nos espera, nos acecha. No hay aquí, en la tierra, posible redención.

RODRIGO.—Yo fuí al Tercio buscando la mía.

ADORACIÓN.—Desde que la buscó estaba usted redimido para sí mismo. ¡Nunca para los demás!

RODRIGO.—Porque los demás serán injustos, serán crueles. *(Pausa. Después de mirarla un momento. Con solemnidad y firmeza.)* Señora, yo no querré saber jamás quién fué usted, y si llego a saberlo sin querer, pensaré que me han contado la historia de otra, de la otra, de la que para mí no ha existido. Y así, por mala que la otra haya podido ser, usted no tendrá nunca relación con ella. ¡Juro que nunca existirá para mí más que esta mujer que está ante mis ojos: esta mujer hermosa, sin nombre, que nace de sí misma, de sus obras, y que es la encarnación de una virtud.

ADORACIÓN.—¿Pensará usted de ese modo cuando mañana se encuentre con la otra, con la que fuí?

RODRIGO.—¿Es que vuelve usted?...

ADORACIÓN.—¡No! ¡Qué horror!... Pero es forzoso recuperar nuestros antiguos nombres.

RODRIGO.—Nos parecerán motes, seudónimos, mentira. No dejaremos de ser el uno para el otro lo que somos ahora: hombre y mujer. El hombre y la mujer, sin denominación, sin adjetivos.

ADORACIÓN.—¡Si fuese posible!

RODRIGO.—¡Lo será!...

ADORACIÓN.—No volviéndonos a ver...

RODRIGO.—O viéndonos. ¿Dónde va usted?

ADORACIÓN.—A Madrid. La otra vivió en París.

RODRIGO.—A Madrid voy yo. El otro vivió en Sevilla.

ADORACIÓN.—¡No los volveremos a nombrar a los otros!

RODRIGO.—No los volveremos a nombrar porque no queremos nada con ellos; no les permitiremos que perturben, ni con sus sombras, esta serenidad. La prefiero a usted así. Es usted lo absoluto: belleza y virtud. ¡Es usted la vida!

ADORACIÓN.—No siga usted el madrigal.

RODRIGO.—¿Por qué no? Ahora que somos tan libres, antes de que el pasado caiga sobre nosotros y para vencerlo, para anularlo, para que no nos pueda separar, empeñemos una palabra, una promesa.

ADORACIÓN.—No; ninguna palabra, ninguna promesa.

RODRIGO.—De amistad.

ADORACIÓN.—De amistad..., bueno. Y ahora, caballero legionario, suspendamos la conversación. Al principio de ella me invitaba usted a dormir... ¡Estoy rendida!...

RODRIGO.—Duerma usted.

ADORACIÓN.—Y usted...

RODRIGO.—No podría dormir. *(Va a la mesa y coge una revista.)* Leeré. *(Se sienta y hace que lee.)* Duerma usted, duerma usted..., señora.

ADORACIÓN.—Hasta que salga el sol. *(Se reclina, se acurruca en la butaca y finge que se va quedando dormida.)*

RODRIGO.—*(Se levanta de puntillas y cuidadosamente arropa con su capote a Adoración; le envuelve en él los pies. Ella tendrá una expresión de felicidad. El quedará contemplándola y hablará en voz baja.)* ¡Qué hermosa es! *(Se separa de puntillas y va a sentarse no cerca.)*

ADORACIÓN.—*(Para sí.)* Es arrogante y noble. ¡Si fuera posible!...

RODRIGO.—*(Levantándose de nuevo y contemplándola con arrobamiento.)* Mujer, hayas sido lo que hayas sido... ¡Te quiero!

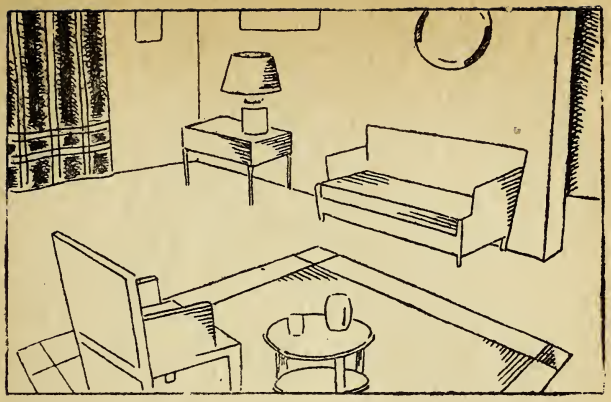
ADORACIÓN.—*(Estremeciéndose.)* ¡Oh!

RODRIGO.—¿Qué?

ADORACIÓN.—Un cabrilleo nervioso. Es el sueño que empieza así. *(Se acurruca de nuevo y hace que duerme.)*

RODRIGO.—*(Se sienta. Un silencio.)* ¡Es el sueño que empieza así!

TELON



ACTO SEGUNDO

Un saloncito o gabinete. Una puerta al recibimiento y otra a las habitaciones de la casa. Acaso un mirador de ángulo, un segundo término, que le dé a la decoración alguna vistosidad. Tanto ésta como el moblaje y adornos son de tonos claros, exquisita elegancia y flamantes, como recién puestos; pero no lujosos. En la instalación se advierte mucho buen gusto y poco dinero. De día.

(En escena CRISANTA *y* BERNARDO, *ambos de pie.)*

BERNARDO.—De modo que la señorita salió.

CRISANTA.—Sí, señor, salió.

BERNARDO.—*(Irónico.)* Y, naturalmente, tardará mucho en volver.

CRISANTA.—Tardará. Es seguro que tardará.

BERNARDO.—Cree usted que no comerá en casa.

CRISANTA.—Fué a la residencia de las Hermanas, sus antiguas compañeras y, como siempre que va allí, no hallará cuándo volver. Algunas veces se ha pasado dos o tres días... Como que yo creo que la tenemos con tocas otra vez dentro de muy poco. Las que se han

acostumbrado a la vida de religión no se hallan ya bien en el mundo.

BERNARDO.—*(En el mismo tono irónico.)* Así es que cualquier día...

CRISANTA.—Va a la residencia y no vuelve.

BERNARDO.—Y eso... en esta ocasión podía suceder.

CRISANTA.—¡Muy fácilmente! Así que yo no le doy a usted razón de cuándo podrá verla. Lo mejor es que me deje usted sus señas, un apuntito, y en cuanto la señorita venga, yo le avisaré, yo le avisaré.

BERNARDO.—Usted está en esta casa porque la recomendaron las monjitas.

CRISANTA.—Sí, señor. Mi marido era jardinero de la residencia. Treinta años lo fué. Al faltar él..., allí me quedé yo, recogida. Ahora, al poner casa Sor Adoración, ¡que es un ángel!..., me dijo la Superiora que viniese con ella, y aquí estoy.

BERNARDO.—Vieja beata tenía usted que ser para mentir con tanto aplomo.

CRISANTA.—*(Se santigua.)* ¡Ave María Purísima!

BERNARDO.—*(En canalla ya.)* Sin aspavientos ni letanías. Natalia está en casa, y yo necesito verla.

CRISANTA.—¿Natalia?... No quiere que la llamen más que Adoración.

BERNARDO.—No hay inconveniente. Nueva situación, nuevo nombre. Nueva forma, nuevo ser. Un pedazo de hierro, según lo hagan, puede ser ganzúa o cruz. Quedamos en que ahora es cruz. Corriente. El caso es que Natalia, o Adoración, ¡ella!, está en casa, y yo, yo, a mí puede nombrarme como le plazca, necesito hablar con ella. ¡A decirle que salga, que se presente!... ¡Vivo!

CRISANTA.—¡Pero si no está, hombre del diablo!

BERNARDO.—¡Vaya! Verá usted cómo yo la encuentro. *(Va hacia la puerta.)*

CRISANTA.—*(Interponiéndose.)* ¿Adónde va usted? ¿Con qué permiso?

BERNARDO.—Con el mío.

CRISANTA.—Deje, deje..., yo la llamaré. *(Al mutis.)* ¡Jesús, qué enemigo!... *(Mutis.)*

BERNARDO.—*(Solo. Haciéndose cargo de la habitación.)* Esto está bien. ¿Acabaré por instalarme aquí? Allá veremos. *(Sale a escena* ADORACIÓN.*)*

ADORACIÓN.—Me prometiste no volver más; me prometiste salir de Madrid.

BERNARDO.—Te lo prometí; pero el hombre propone...

ADORACIÓN.—No me nombres a Dios. En tus labios es una blasfemia.

BERNARDO.—No lo iba a nombrar. El hombre propone y la mujer dispone. La mujer de mi caso eres tú. He pensado quedarme hasta que me vuelvas a querer.

ADORACIÓN.—No te quise nunca. No te querré jamás.

BERNARDO.—¿Jamás? Pues en Madrid hasta jamás.

ADORACIÓN.—Tu osadía y tu temeridad son inconcebibles.

BERNARDO.—Por ti arrostro yo todos los peligros. Pero no tengas cuidado. Si estuviésemos en Barcelona la cosa era distinta. Aquí, en Madrid, no me sucederá nada. Aquí no he actuado. Tengo todos mis papeles en regla. Aquí estás tú, pues aquí me quedo.

ADORACIÓN.—¡No es posible! ¡No puedo soportar tu presencia! Tus cartas, tus amenazas, me han hecho abandonar la Orden religiosa donde me creía ignorada, libre de ti. Antes de que se conociese mi pasado, he salido de allí.

BERNARDO.—De eso estaba yo seguro.

ADORACIÓN.—Pero ahora soy dueña de mí misma y no me someterás a tu explotación. No cuentes con ello. Si te empeñas, me veré obligada a lo que más me repugna: a obligarte a huir.

BERNARDO.—Denunciándome. *(Se sienta.)* Perfectamente, y yo diré quién es Sor Adoración, la excelsa Hermana de la Caridad. ¡Nos hundiremos juntos, que-

rida!... Hablaré, y tu legionario te volverá la espalda, las monjas se espantarán de haberte admitido... y volverás al mundo en que nos conocimos, al nuestro. *(Pausa.)* Por ahí iremos a acabar; pero tú puedes precipitar los acontecimientos.

ADORACIÓN.—*(Tomando un tono conciliador.)* Bernardo, tú estás equivocado; tú crees que yo tengo mucho más dinero del que tengo en realidad. No se trata más que del pequeño patrimonio dejado por mi padre, y que por estar en manos de un pariente honrado, se salvó. Mi madre, ¡Dios la haya perdonado!, ignoró siempre que ese modesto caudal existía. Yo misma no lo he sabido hasta hace poco. Son unos miles de duros que me permitirían vivir muy humildemente si me dejases. Pero si es eso lo que buscas, te lo daré todo, hasta el último céntimo. Compraré así mi libertad. Dime que con eso me dejarás en paz, que no volveré a verte, y será todo tuyo, ¡todo!...

BERNARDO.—Todo no. Si me lo entregases todo de una vez, ¡me conozco!, lo desparramaría en un periquete. El dinero en mis manos es siempre puñado de arena. Me conformo con que, de vez en vez, me vayas dando lo suficiente para vivir en nuestra posición.

ADORACIÓN.—¿Iguales?

BERNARDO.—Es lo justo. No hubo bendiciones, ni papeles, ni nada legal; pero en realidad, y aunque divorciados, somos marido y mujer.

ADORACIÓN.—No puede unirme a ti tu felonía, tu crimen. Somos el miserable que ultrajó a una niña inocente y su víctima.

BERNARDO.—Suprime, suprime frases de novela, y entendámonos.

ADORACIÓN.—No nos podemos entender.

BERNARDO.—Sí, querida, y muy sencillamente: obrando con arreglo a las circunstancias. El hombre, en sí mismo, no es nada: su personalidad, su posición, todo, es siempre producto de las circunstancias. Uno em-

prende un negocio arriesgado, una especulación bancaria, por ejemplo. Si las circunstancias le favorecen y medra, es un financiero. Si las circunstancias le son adversas, es un timador. Tú y yo podemos ahora ser dos señores o dos apaches, según nos ayuden o no las circunstancias. Déjate guiar. Por de pronto me darás lo que quieras. Tengo que hacerme alguna ropa y atender a varios gastos. Eso es un detalle. Dame un pápiro de mil. Es un detalle. Pues obrando con arreglo a las circunstancias, digo, yo no tengo inconveniente en eclipsarme para que mejoremos de posición. Ya ves que vengo a verte de tarde en tarde. Soy un hombre práctico. Para que veas hasta qué punto deseo tu bien: consiento en que te cases con tu legionario.

ADORACIÓN.—No hables de él, ¡no tienes derecho!

BERNARDO.—*(Desentendiéndose.)* ¡Cuidado que eres lista! Cuando desapareciste de París, es tan grande París que temí una desgracia. Cinco años después, al descubrirte hecha una Hermana de la Caridad, me dije: "O se ha vuelto loca y algo gordo trama." Confieso que malograr tus planes con mis avisos era una tonpeza... ¡Pero te quiero tanto!...

ADORACIÓN.—¡Me estás atormentando horriblemente!

BERNARDO.—Ahora comprendo tu magnífico plan. Al ejército van hoy millonarios; a quien nos atiende en las horas de dolor le tomamos cariño, y si es mujer y hermosa..., el amor nace fácilmente. En la gran guerra creo que hubo casos a miles... Pero tu verdadero mérito, tu golpe fantástico, grandioso, es haber descubierto al rico en el legionario. ¡Eres inmensa! Te venero. ¡Y pretendes que prescinda de ti! ¡Con lo que manejada por mí puede lograr una mujer de tus aptitudes!...

ADORACIÓN.—¿Por qué no tendré yo valor para asesinarte?

BERNARDO.—Porque soy el primero, el que no puede olvidar ninguna mujer.

ADORACIÓN.—Olvidar, no; pero odiar, sí.

BERNARDO.—No me odias. Te parece que me odias porque me temes. Pero ya verás cuando estemos tranquilos cómo resulta que me querías.

ADORACIÓN.—¡Nunca! Me robarás, me dejarás en el arroyo, sin el bienestar que había labrado para mí un pobre hombre honrado y escarnecido, y sin la honra que yo he querido reconquistar ofreciéndoles a Dios y a los hombres todo mi corazón. Destruirás la obra de mi padre y la mía, las dos trabajadas en el silencio y en la abnegación. Me destrozarás por segunda vez la vida. Y despreciada y envilecida y arrojada de todas partes, no sé lo que será de mí, no sé a qué fondo rodaré; pero ¡tuya!... ¡Nunca! Ni por miedo, ni por hambre, ni a la fuerza, porque sabré defenderme, y en último caso, morir..., ¡si es que antes no aprendo a matar!

BERNARDO.—*(Cínico, disponiéndose a encender un cigarro.)* Mira el efecto que me ha hecho tu discurso.

ADORACIÓN.—¿Qué puedo hacer para verme libre de ti? ¡Dime!

BERNARDO.—Nada.

ADORACIÓN.—¡Es posible, Señor, que éste, como los demás hombres, sea hijo tuyo!... *(Viene* CRISANTA.*)*

CRISANTA.—El señor marqués de Armer...

BERNARDO.—Escóndeme en cualquier parte. Luego nos entenderemos. Te prometo ponerme en razón. ¿Dónde me oculto?

ADORACIÓN.—Esconderte en mi casa, no. No diremos quién eres. Yo inventaré algo. *(A Crisanta.)* Que pase el marqués. *(Mutis, Crisanta.)*

BERNARDO.—Cuenta con mi discreción. Este es el primer paso.

ADORACIÓN.—*(Para sí.)* ¡Qué cobarde soy! *(Llega* GREGORIO.*)*

GREGORIO.—Buenos días, querida Adoración. *(Hace para Bernardo una inclinación, a la que Bernardo corresponde.)* ¿Qué tal? *(Le da la mano a Adoración.)*

ADORACIÓN.—Muy contenta al verle, señor marqués. Me va usted a perdonar un momento. Este señor viene a buscar una carta de presentación. Se la pongo en pocos instantes y vuelvo.

GREGORIO.—Y será eficacísima. ¿Quién le niega nada a Sor Adoración?

ADORACIÓN.—Con su permiso. *(Mutis.)*

GREGORIO.—¡Qué admirable mujer esta! ¿Es amiga de usted?

BERNARDO.—Sí. La conozco hace bastantes años.

GREGORIO.—¿De antes de profesar?

BERNARDO.—Sí, de antes. En otros tiempos, en que las circunstancias me eran favorables, protegí a su padre, modesto empleado de banca. Le ascendí. Entonces tenía yo en auge mis negocios, y una simple indicación mía... Ahora lucho. ¡Bah!

GREGORIO.—Algún mal asunto. El mundo bancario está hoy lleno de sorpresas.

BERNARDO.—La gran guerra, que nos acostumbró a los financieros a los golpes de fortuna. Yo, aquí, donde usted me ve, he dado golpes estupendos.

GREGORIO.—¿Con divisas extranjeras?

BERNARDO.—Sin divisa ninguna.

GREGORIO.—¿Sobre valores?

BERNARDO.—Y sobre seguro. Yo he operado siempre así.

GREGORIO.—Respeto su cautela bursátil. No era mi propósito sorprender su combinación.

BERNARDO.—Las anteriores ya no sirven. En España hace ya tres años que no es posible maniobrar con probabilidades. Pero ahora tengo entre manos una explotación que me redondeará. De Africa me va a venir la suerte.

GREGORIO.—*(Con misterio.)* ¿Las minas del Rif?

BERNARDO.—Cerca le anda usted. No tome a mal si no digo más.

GREGORIO.—Nada, nada. Es usted muy dueño. Y celebraré darle la enhorabuena.

BERNARDO.—Gracias. ¿Y usted? ¿Hace mucho tiempo que trata a Adoración?

GREGORIO.—Hace tres meses. Nos conocimos con ocasión de un accidente ferroviario. Al día siguiente vinimos a Madrid en el mismo departamento, y de ahí viene nuestra amistad. De antes de ser monja no sé nada de ella.

BERNARDO.—Ni yo. Cuando le hice aquel favor a su padre era ella una niña. Después no la he vuelto a ver hasta ahora.

GREGORIO.—Y ella ahora, por lo visto, trata de pagar aquel favor.

BERNARDO.—Sí; la pobre, agradecida..., hará cuanto yo quiera en mi provecho. Como se ha relacionado muy bien en Marruecos... ¿Comprende usted?...

GREGORIO.—¡Ah... ya! *(Vuelve* ADORACIÓN.*)*

ADORACIÓN.—*(A Bernardo, dándole un sobre.)* Aquí tiene usted. Mil gracias por las noticias que me ha traído, y deseo que se arregle su asunto de modo que pueda usted marchar cuanto antes.

BERNARDO. — Agradecidísimo, obligadísimo. Señor marqués. a su mandar, rendidamente. A los pies de usted, Adoración.

GREGORIO.—Quedo su amigo.

BERNARDO.—¡Cordialmente, efusivamente, superlativamente! *(Mutis.)*

GREGORIO.—Me ha parecido un poco extraño su amigo de usted. Debe ser un hombre de vida accidentada, de grandes altibajos. Audaz en los negocios...

ADORACIÓN.—Sí; es un hombre de presa.

GREGORIO.—Esos son los que triunfan. He creído entender que anda metido en asuntos de minas de la zona rifeña. Está obscuro eso. Tal vez no ha debido usted darle esa carta de presentación.

ADORACIÓN.—*(Sonriendo sin querer.)* ¡Oh! No hay

cuidado. El contenido de esa carta lo lee con agrado todo el mundo. Pero cuénteme, marqués. ¿Cómo me tuvo tanto tiempo abandonada?

GREGORIO.—He faltado de Madrid un mes seguido, amiga mía.

ADORACIÓN.—¿Ha ido usted a sus posesiones? ¿A Andalucía?

GREGORIO.—No. Este mes he viajado las plazas del Norte. Tengo también negocios por allí. Los productos que yo... cosecho tienen mercado en toda España.

ADORACIÓN.—No será lo más corriente que todo un marqués les busque mercados a sus productos, como un viajante.

GREGORIO.—Como un viajante, exactamente. ¡Si viera usted esto de ser marqués y andar de plaza en plaza a cuántos equívocos da lugar!... La vida corriente, sin que suceda nada de extraordinario, está llena de quisicosas. *(Soslayando el tema.)* En fin, mi querida santa. Yo vengo a traerle a usted una buena noticia. Acabo de separarme de Rodrigo, que también vendrá a escape; pero le he tomado la delantera. ¡Soy el primero en decírselo a usted!

ADORACIÓN.—¿Qué es ello? ¡Acabe usted, por Dios!

GREGORIO.—A nuestro legionario, Rodrigo Díaz, le ha sido concedida la Laureada.

ADORACIÓN.—¡Gracias, Dios mío!

GREGORIO.—¿Había usted rezado mucho?

ADORACIÓN.—¡Mucho! Aunque él no decía nada, este premio a su heroísmo debe tener para su vida una enorme importancia.

GREGORIO.—Lo mismo creo. Tanto que, según mis cálculos, él estaba esperándolo para... ¿No adivina usted, santita?

ADORACIÓN.—*(Con naturalidad.)* No.

GREGORIO.—¿De veras no le ha dicho a usted nada, no ha insinuado...?

ADORACIÓN.—*(Lo mismo.)* No, no.

GREGORIO.—Esperaba esto para considerarse digno de usted.

ADORACIÓN.—¡Digno de mí!

GREGORIO.—Los dos pertenecen ustedes a una aristocracia moral: son ustedes dos tipos de selección de la raza.

ADORACIÓN.—Yo no soy nada. *(Con entusiasmo.)* ¡El, sí! El es extraordinario. ¿No ha advertido usted en sus modales, en su porte un algo, un aura...?

GREGORIO.—Un señorío...

ADORACIÓN.—¡Eso!... ¡Ay, marqués!... Usted sabe. Usted conoce la vida de nuestro legionario. Le han vendido a usted sus ojos en este momento... ¡Dígame!... Pero, no, no me diga. Nos hemos prometido no querer saber nada de nuestros pasados, y yo, preguntando ahora, iba a cometer una deslealtad. Cállese lo que sepa, marqués. Yo no conozco más que al legionario.

GREGORIO.—Ni yo tampoco, amiga mía. Por discreción y por mis razones particulares, me he guardado muy mucho de averiguar. Tiene un gran encanto que seamos tan buenos amigos los tres sin saber cada uno de los otros más de aquello que nos hace querer. Mientras dure esta comedia inocente, creo que somos felices. ¡Estamos muy por encima de los demás! ¡Como que nos parecemos a las estrellas, que no tienen raíces en el suelo!

ADORACIÓN.—¿Y dice usted que él va a venir?

GREGORIO.—Ya se me hace que tarda. Le he dejado en el Ministerio: le habrán retenido. Todos quieren conocer al héroe. Para los periodistas, ese empeño de guardar herméticamente el incógnito es un suceso interesantísimo.

ADORACIÓN.—Así, pues, Rodrigo...

GREGORIO.—Rodrigo y Rodrigo. No hay quien lo saque de ahí.

ADORACIÓN.—Tengo un presentimiento, y a mí nun-

ca me engaña el corazón. Ahora se descubrirá quién es el legionario y le perderemos. Esta mentira tan grata y tan buena... se desvanecerá. ¿Ha oído usted? Han llamado. ¿Será él? *(Va hacia la puerta del recibimiento, donde espera con ansiedad.)*

GREGORIO.—De seguro es él. *(Para sí.)* Descifrarán ellos su gran enigma..., y yo el mío pequeñín. ¿Qué mazazo irá a darnos a todos la implacable realidad?... *(Viene* CRISANTA *y le entrega a Adoración dos tarjetas.)*

ADORACIÓN.—*(Leyéndolas.)* La marquesa viuda de Balmes; el conde de Montes de Bética... ¡Qué raro es esto! ¿Les conoce usted?

GREGORIO.—No, no. Y me retiro.

ADORACIÓN.—Quédese. Acaso voy a necesitarle en seguida. Temo que le voy a necesitar a usted en seguida. ¡Tengo un miedo muy grande!

CRISANTA.—¿Qué les digo?

ADORACIÓN.—*(Que sigue en último término.)* Páselos usted.

GREGORIO.—*(Que sigue en el primer término.)* Con esta complicación no contaba yo. *(Salen a escena la* MARQUESA *y el* CONDE.*)*

EL CONDE.—¿Tenemos el honor de hablar con... *(Duda.)* la que fué en la Orden Sor Adoración?

ADORACIÓN.—*(Muy turbada, sin voz.)* Sí.

EL CONDE.—Deseábamos tratar con usted un asunto de cierta índole. *(Mirando a Gregorio.)*

ADORACIÓN.—El señor es un amigo mío, que me acompañará en este caso.

EL CONDE.—*(Sospechoso.)* ¡Ah!... Si usted lo exige...

ADORACIÓN.—Lo exijo. *(Presentándolo.)* El señor marqués de Armer.

EL CONDE.—¿De Armer? No recuerdo ese título... De Armer... Estoy seguro de que no se trata de un título español. ¿Francés acaso?

GREGORIO.—*(En un aprieto.)* Francés, sí, señor; mi madre era francesa.

El Conde.—¡Ah, vamos! Pues tanto gusto. *(Presentación.)* Mi hermana, la marquesa viuda de Balmes.

Gregorio.—*(Besando la mano a la Marquesa.)* Señora mía...

La Marquesa.—Es un honor para mí conocerle.

El Conde.—Quedamos en que el señor...

Adoración.—Puedo oírlo todo. *(Indicándoles las sillas.)* Hagan el favor. *(Todos se sientan.)* Presiento que pronto lo va a poder oír todo el mundo. La situación era falsa y ya no puede durar más.

El Conde.—De eso precisamente se trata: de acabar con una falsa e insostenible situación. En cuanto a mi sobrino se entiende. En cuanto a usted, respetaremos las apariencias. Esa es, al menos, nuestra intención.

Adoración.—¿Su sobrino ha dicho usted? ¿Entonces, la señora...?

La Marquesa.—Soy la madre del legionario Rodrigo Díaz, en realidad el marqués de Balmes. *(Pausa. Adoración baja la cabeza, anonadada.)* ¿Usted ignora acaso?...

Adoración.—En absoluto, señora marquesa. Nos hemos prometido no saber el uno del otro sino que éramos el legionario y la sierva del Señor.

La Marquesa.—*(Al Conde.)* Lo que tú me decías: se trata de una genialidad de mi hijo. De pequeño lo sorprendíamos muchas veces dándoles cintarazos a las armaduras que, en sus maniquíes, adornan las galerías de mi casa. Es un soñador. Ha querido vivir su novela y la ha vivido con todas sus circunstancias y atractivos: misterio, guerra, aventuras. Es el genio de su estirpe; el espíritu campeador y romántico de los justadores, de los paladines, de los conquistadores, de los cruzados, de cuantos fueron sus antecesores. Mi hijo es digno heredero del segundo marqués de su título, que se fingió pirata y turco. *(Sonríe.)* Y hasta creo que tuvo su harén.

El Conde.—*(A Gregorio.)* Antes éramos así.

Gregorio.—Aprovechados, aprovechados.

La Marquesa.—Supongo, señorita, que después de lo que ha oído, nosotros tendremos poco que decir.

Adoración.—Todo, señora marquesa. Yo no puedo adivinar.

La Marquesa.—Empiezo por admirarla a usted... como sierva del Señor. Estoy perfectamente informada de su comportamiento abnegado, heroico. Sé que hasta ha prestado usted pedazos de su piel para un injerto, su sangre para una transfusión. En la Orden se la tenía a usted por una santa. Me interesaré por que, a pesar de todo, reciba usted la recompensa debida.

Adoración.—No la espero aquí, señora.

El Conde.—También veo yo en esta muchacha extraordinaria un atavismo. Es el genio a la vez picaresco y romántico que llevaba a los extremos. Me parece usted una heroína de Lope, y aun de Cervantes. Resueltamente, mi sobrino y usted son dos tipos anacrónicos. Sus temperamentos se retrotraen a cinco siglos ha.

La Marquesa.—Pero... ¿por qué ha vuelto usted al mundo, criatura?

Adoración.—Supongo, señora, que usted no habrá venido para que hablemos de mí.

La Marquesa.—Mientras no sea necesario...

El Conde.—Hablemos de mi sobrino. Una locura de la mocedad...

La Marquesa.—Por su nombre a las cosas. Como usted ha previsto, señorita, lo puede oír todo el mundo. Mi hijo cometió una acción deshonrosa.

El Conde.—Deshonrosa precisamente, no.

La Marquesa.—Deshonrosa. Una mala mujer, aprovechándose de su juventud, de su inexperiencia y, sobre todo, de su gran corazón, lo llevó por los peores caminos...: la orgía, el juego...

El Conde.—El plano inclinado.

Gregorio.—La historia de muchos...

La Marquesa.—Mi hijo dilapidó, contrajo grandes

deudas, necesitó mucho dinero, le faltó valor para confesarse a mí... y robó.

GREGORIO.—¿Rodrigo? ¡Es increíble!

EL CONDE.—No robó: tomó lo que, en último término, era muy suyo.

GREGORIO.—¡Ah, vamos! ¡Eso es otra cosa!

LA MARQUESA.—Recayeron las sospechas en uno de mis administradores, que fué denunciado, procesado, preso.

ADORACIÓN.—¿Y Rodrigo?...

EL CONDE.—Mi sobrino, que viajaba por Suiza con la pájara, en cuanto supo lo que sucedía, se presentó, confesó, restituyó su honor y su libertad al inocente.

ADORACIÓN.—¡Ah! ¡Es muy noble!

EL CONDE.—Noble por los cuatro costados, señorita.

LA MARQUESA.—Dicen que fuí demasiado severa. Mi conciencia está tranquila. Fué muy grave el pecado, y tal vez mi rigor ha contribuído a que mi hijo se redima tan gloriosamente.

GREGORIO.—En muchos relatos de sucesos medievales se ven casos así: las hazañas guerreras borran el estigma de las faltas mayores.

EL CONDE.—Esa es la regla.

LA MARQUESA.—Desapareció. No pudimos averiguar su paradero. Temimos que se hubiese suicidado. ¡He pasado años de angustia horrible, señorita! He llorado mucho.

EL CONDE.—Yo estaba bien seguro de que vivía.

LA MARQUESA.—Cuando fué mayor de edad, un apoderado suyo se presentó a notificarme que mi hijo peleaba en el Tercio.

GREGORIO.—¡Bravo mozo!

LA MARQUESA.—¡Cuántas horas de angustia!

EL CONDE.—Lo demás ya lo saben ustedes. Mi sobrino se obstina en seguir siendo el legionario, en no reintegrarse a su estado, a su familia. *(Al Marqués.)* ¡Ahora que imagine usted cómo le recibiría nuestro gran mundo!

ADORACIÓN.—Bien, señora. ¿Y qué pretende usted de mí?

LA MARQUESA.—Vengo a pedirle que me devuelva usted a mi hijo.

ADORACIÓN.—Eso es suponer que se lo he quitado. Su hijo de usted, señora marquesa, está, por mi parte, en completa libertad.

LA MARQUESA.—Eso no es responder.

EL CONDE.—Usted se hará cargo, señorita, de que la situación ha cambiado. Mi sobrino no es el legionario a quien usted conoció.

ADORACIÓN.—Ya lo veo, señor conde. ¡No es! Se desvanece, se extingue como el personaje de un sueño.

LA MARQUESA.—Es razonable, es simpática.

GREGORIO.—Es generosa.

EL CONDE.—Por nuestra parte, señorita, procederemos como nos corresponde. Tiene usted asegurado su porvenir.

ADORACIÓN.—*(Revolviéndose, ofendida.)* ¡Dinero!... Pueden ustedes hablarme en nombre de su estirpe, que me lo hace imposible; en nombre de los derechos de su madre..., que yo sé respetar; en nombre del bien de Rodrigo—yo no sé llamarle de otro modo—, de su bien, que yo deseo tan vivamente como usted, señora marquesa... Pero no pueden acabar ofreciéndome dinero. ¡No se vende lo que yo siento hacia ese hombre!... ¡Y todavía no les he dado a ustedes motivos para que me ofendan!

EL CONDE.—Nuestra intención...

ADORACIÓN.—Déjeme usted hablar. Ya he oído bastantes palabras ambiguas, bastantes insinuaciones malévolas. ¡Déjenme ustedes hablar! Entre su hijo de usted y yo, señora, no ha habido nada, no hay nada, no iba a haber nada. Yo no soy ni podía ser para él más que la Hermana de la Caridad; esto es, ¡nadie! Nadie yo para él, nadie él para mí, y entre nosotros, ¡nada! Al otro, al marqués, su hijo, yo no le conozco ni le quiero conocer. Temo que será tan egoísta y or-

gulloso como usted. No quiero verle, ni saber que existe...; con lo que resulta, señora marquesa, que entre usted y yo no hay ningún asunto que tratar. *(Se pone en pie. Todos la imitan.)*

LA MARQUESA.—¡Es una loca!...

EL CONDE.—Mi opinión es menos rotunda. El tiempo lo dirá. Vamos.

GREGORIO.—Permítanme. La solución de este problema no depende ni de ustedes ni de Adoración. Es Rodrigo, bueno, el marqués, quien ha de resolverlo. Pues bien: él y yo nos hemos separado hace poco y nos hemos citado aquí. Debe estar llegando. ¡Si no me explico cómo no ha llegado ya!

LA MARQUESA.—¿Qué hacemos?

EL CONDE.—Esperar algunos minutos. ¿Te parece?

ADORACIÓN.—Esperen. Que todo se decida en seguida, de golpe, en un instante: en lo que se tarda en nacer, en lo que se tarda en morir. *(A la Marquesa.)* Le pueden decir que yo he salido, o que no existo. Sor Adoración va a jugarse la vida. Ser o no ser; el bien o el mal. Sin términos medios. Esperen ustedes. Y no se violenten si les dejo solos. Esta casa no tiene dueño. Están ustedes en la casa de nadie. Aquí sólo hay una cosa que tiene realidad...: mi incertidumbre, mi angustia..., ¡mi horrible dolor! *(Mutis.)*

EL CONDE.—Esperemos. Aquí tenemos la seguridad de ver a tu hijo. Ya sabes que fuera de aquí se nos escapa como un duende.

LA MARQUESA.—Aunque la situación es absurda, esperaremos. *(Se sienta.)* Por recuperar un hijo todo debe arrostrarse.

GREGORIO.—¿Está usted segura de esperar a su hijo? Del marqués de Balmes es usted la madre ciertamente. La madre del legionario Rodrigo Díaz, ¿quién es? ¿Diremos que es su voluntad? ¿Diremos que es España? Señora: los hombres, ¿qué somos? ¿Lo que dicen que somos los demás?

LA MARQUESA.—Puede usted seguir haciendo juegos

de palabras; pero no conseguirá empeñar una verdad: él lleva mi sangre.

GREGORIO.—La sangre es tierra, señora. Todavía está por averiguar si una rosa es hija del rosal o del jardín.

EL CONDE.—El señor está de parte de esa mujer.

GREGORIO.—Se equivoca usted, caballero. Yo no estoy de parte de nadie porque tampoco soy nadie. ¿Conoce usted al marqués de Armer? No. Pues bien: yo tampoco.

EL CONDE.—El señor es muy amable y quiere entretener nuestra espera hilvanando paradojas.

GREGORIO.—Antes era adversario y ya soy amable. Vea cómo no va sabiendo quién soy. *(Llega* RODRIGO. *Viste de paisano.)* Aquí tenemos la única verdad, el hombre.

RODRIGO.—*(Que estupefacto se ha quedado detenido en el umbral.)* ¡Madre! *(Va junto a la Marquesa y cae de rodillas, besándole las manos.)*

LA MARQUESA.—*(Acogiendo a Rodrigo, levantándolo y besándole en la frente.)* ¡Hijo de mi alma!

EL CONDE.—*(A Rodrigo.)* Vea usted la única verdad.

RODRIGO.—Madre, yo creo que ya soy digno de tu perdón.

LA MARQUESA.—¿Y de mi orgullo!

EL CONDE.—¿No hay un abrazo para tu tío?

RODRIGO.—¡De todo corazón! *(Se abrazan.)* Pero... ¿vosotros aquí?

EL CONDE.—Después de buscarte sin resultado en varios sitios. Nosotros somos forasteros en Madrid, y tú tienes algo de fantasma.

RODRIGO.—Algo de fantasma, es cierto. Pero el fantasma va a tomar ahora mismo carne de realidad.

LA MARQUESA.—A eso he venido. Basta de nombre falso, basta de farsa.

RODRIGO.—¿Te parecen una farsa mis heridas y mi laureada, madre?

LA MARQUESA.—Eso no.

RODRIGO.—Pues todo es como eso. Mira, madre: ya me he rehabilitado ante mí mismo, que era lo principal, y ya me has perdonado tú, que era lo necesario. Estoy dispuesto ahora a obedecerte. Veamos: ¿quién quieres tú que yo sea? ¿El legionario laureado o el marqués de rancio linaje? Elige.

LA MARQUESA.—Tú eres y has sido en todo momento mi hijo, el marqués.

RODRIGO.—Obedezco. Yo soy y he sido siempre tu hijo, el marqués. Volvamos a nuestro palacio de Sevilla, reanudaremos la vida anterior. Les diremos a nuestros parientes, a nuestras relaciones, que regresé de un largo viaje. Nadie sabrá quién ha sido el que se llamó Rodrigo Díaz. Ese personaje quedará en lo fabuloso.

EL CONDE.—¡Eso es absurdo!

LA MARQUESA.—¡Imposible!

EL CONDE.—Se dirá la verdad; la laureada será para el marqués, para ti, en tu estado legítimo, y el homenaje que te vamos a tributar hará época.

RODRIGO.—No nos entendemos. El dilema es éste: o el de antes o el de hoy. El marqués y Rodrigo son dos personalidades antagónicas: el uno era vicioso, insensato, frívolo; el otro es reflexivo, austero y pasional. Se aborrecen. Es imposible que se junten, que convivan. Tú, madre, ¿cómo me prefieres? ¿Como fuí o como soy?

LA MARQUESA.—¿A qué viene esto? Es una sencilla cuestión de nombres. El legionario deja de llamarse Rodrigo para llamarse marqués.

RODRIGO.—Conformes. Adquiere el marqués las virtudes, la gloria, los sentimientos, todo el haber moral del legionario. ¿No es eso?

LA MARQUESA.—¡Ya lo dijiste!

RODRIGO.—Pues el legionario que trae a mí, al marqués, todo lo suyo, madre, trae una novia.

LA MARQUESA.—¿Adoración?

RODRIGO.—Ella.

EL CONDE.—Es un sofisma.

GREGORIO.—Es un modo de argumentar aplastante.

RODRIGO.—Voy a presentártela. *(Llamando.)* Adoración... Adoración...

LA MARQUESA.—Estás ofuscado, hijo mío. Tú no sabes quién es esa mujer.

RODRIGO.—¡Es Sor Adoración! ¡Una santa! *(Viene ADORACIÓN.)*

LA MARQUESA.—¡No sabes quién ha sido!

RODRIGO.—¡No ha sido! ¡Es! ¿Entiendes? ¡Es! De la otra no quiero oír nada.

LA MARQUESA.—¡No vale no querer! ¡Oirás aunque no quieras!

ADORACIÓN.—*(Imponiéndose.)* ¡Alto! ¡Señora marquesa! *(Irónica.)* ¡No vaya usted a olvidarse de que lo es!

LA MARQUESA.—Estoy en mi derecho.

ADORACIÓN.—Lo estaría usted si yo intentase ser su nuera, señora marquesa. Desde que yo declaro que eso no sucederá, mi pasado es mío, y nadie, honradamente, puede hablar de él.

GREGORIO.—Así es, señores.

ADORACIÓN.—Aquí hay un error lamentable, una dolorosa equivocación. Usted imagina que entre su hijo y yo existe... un amor. Pues nada menos cierto, señora. Rodrigo no me ha hablado nunca de amor.

RODRIGO.—Porque necesitaba poder hacerlo. Y usted lo esperaba.

ADORACIÓN.—Yo no podía esperar semejante absurdo. Me sorprende usted. No recuerdo ni una palabra, ni una mirada, ni un gesto en que hubiese usted de fundar tal esperanza.

RODRIGO.—*(Desconcertado.)* Nos tratábamos como si no fuésemos seres reales.

ADORACIÓN.—Y con eso nos debemos quedar. A Sor Adoración, a la Hermana de la Caridad, no se puede, sin ofenderla, hablarle de amor. Ni marido, ni amante, ni... admirador siquiera. ¡Iba usted a manchar, con

deseos humanos, la pureza de nuestro afecto!... El legionario perdería en el mismo instante su grandeza ideal.

RODRIGO.—No, no, no... No podemos seguir este juego de despropósitos. Has de saber, madre, que todo ese pasado suyo que tú ibas a descubrir, lo conozco. Ella ha sido menos mala que yo: una mujer me engañó a mí por vicioso, y un hombre la engañó a ella por desesperada; yo no tenía de qué huir, y ella se perdió al huir del tráfico espantoso en que estaba ya concertada la venta de su inocencia; yo era rico y robé; ella pasó hambre y no robó; yo acudí cuando las consecuencias de mi delito encarcelaron a un hombre; ella no necesitó más estímulo que su horror al vicio para escapar en cuanto tuvo el primer momento de libertad; yo era un hombre fuerte; ella, una pobre niña en la más horrenda esclavitud; mis culpas se pueden contar a cientos; ella sólo tiene en su cuenta un pecado, y lo cometió la infeliz precisamente ¡porque no quería ser pecadora! El malvado, de quien fué sólo un día, empleó para lograrla el vil engaño de hacerla creer que la ofrecía la evasión, la fuga, para librarla del ultraje inminente. Huyendo de los dientes del lobo, cayó en las garras del halcón. Ahora, madre, dime, cuál de los dos, si ella o yo, somos menos dignos.

LA MARQUESA.—Yo la compadezco; pero ha sucedido lo irremediable.

ADORACIÓN.—¡Pero si no hay cuestión!

RODRIGO.—¡Sí hay cuestión! Aunque usted se empeñase en evitarla, habría cuestión. *(A la Marquesa.)* Seis años de vida santa, de acciones heroicas, no la pueden redimir a ella, porque es mujer, y a mí me ha redimido el matar porque soy hombre. ¡No entiendo esa justicia! De aquella que fué, ¿qué ha quedado? Hasta sus fibras, sus células..., no son las mismas ya. ¡No entiendo ese distingo!

LA MARQUESA.—Es inútil tu razonar.

EL CONDE.—Es viejo el tema y conocido el fallo de la moral.

RODRIGO.—De la vuestra. De la mía, no. Legionario me quedo.

ADORACIÓN.—¿Para qué? De mí no espere usted nada.

RODRIGO.—Usted pretende sacrificarse.

ADORACIÓN.—Yo no le engaño a usted nunca, Rodrigo. ¡Váyase con su madre! Todo lo que había en mí de mujer está muerto. Nunca obtendrá usted otra respuesta. ¡Váyase con su madre!

RODRIGO.—Yo acariciaba una ilusión.

ADORACIÓN.—¡Es lamentable!... Pero no se apene usted mucho y déjela desvanecerse... La espléndida vida que le espera borrará pronto de su alma el recuerdo melancólico de un sueño.

RODRIGO.—*(Con vehemencia.)* El caso no es para discreteos; no admite espera, ni evasivas, ni ambigüedades. ¡Hay que decidir! ¡Es necesaria la palabra definitiva! Con entereza, con valentía, Adoración. ¿Me quiere usted? ¿Sí o no?... ¡Exijo una respuesta categórica!

ADORACIÓN.—*(Gravemente.)* ¡Todo lo que había en mí de mujer está muerto!

RODRIGO.—Me desconcierta, me aturde esa increíble serenidad.

ADORACIÓN.—Es la que corresponde a un propósito irrevocable. Basta ya, Rodrigo. No prolongue usted más estos instantes enojosos. Me está usted mortificando con una violencia inútil. *(Haciendo el supremo esfuerzo.)* ¡Basta, basta ya!...

RODRIGO.—*(Un instante perplejo, despechado al fin.)* Está bien. Era lo que menos esperaba...; pero ¡está bien!... ¡Adiós!... Vámonos, madre. Vamos. *(Mutis.)*

LA MARQUESA.—Nos veremos, Adoración. Es usted admirable.

ADORACIÓN.—*(Sin mirarla, no pudiendo dominarse ya.)* Adiós... Adiós... Señora marquesa.

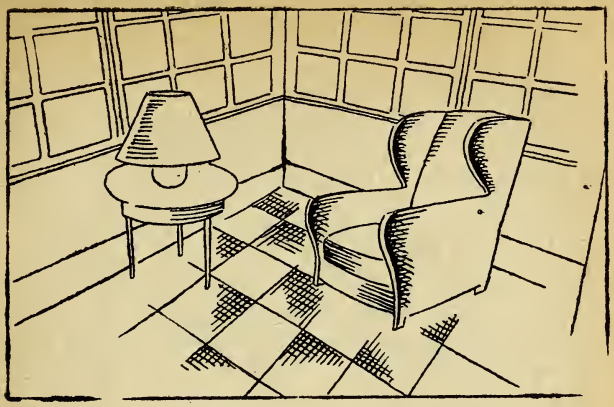
El Conde.—Vamos, vamos. *(Toma el brazo de la Marquesa y se la lleva. Al mutis, un saludo a Gregorio.)* Servidor de usted. *(Mutis de la Marquesa y el Conde.)*

Adoración.—¡Si me mira otra vez más hubiese proclamado que le quiero a gritos! *(Cae en una silla sollozando.)*

Gregorio.—Esto es imposible. El marqués se ha ido; pero el legionario volverá. ¡Lo espero!

Adoración.—No volverá el legionario. ¡Lo acabo yo de asesinar!...

TELON



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

(En escena, CRISANTA, BERNARDO *y* GREGORIO.*)*

GREGORIO.—¿De veras no está en casa?

CRISANTA.—No, señor.

BERNARDO.—No le haga usted mucho caso a esta bruja. De seguro está en casa Adoración, y ella lo niega.

GREGORIO.—Yo me explico que no quiera recibir a nadie.

BERNARDO.—Como si con esconderse hubiera de adelantar algo.

GREGORIO.—Pues a mí es indispensable que me reciba. Me dolería mucho no verla hoy.

CRISANTA.—Y yo quiero que usted la vea, señor marqués. Si no llega usted a venir, le hubiera llamado. El tiempo apremia.

GREGORIO.—Sí, sí. Ya sé que podemos perderla hoy mismo.

BERNARDO.—¿Hoy mismo?

GREGORIO.—Me temo que sí.

CRISANTA.—Salió muy de mañana, con estrellas. Ha ido a un lugar donde se madruga mucho.

GREGORIO.—Lo supongo: a despedirse para siempre de las Hermanitas.

BERNARDO.—¿Pero volverá?

CRISANTA.—Hoy volverá.

BERNARDO.—Es necesario evitar que se sacrifique. ¿No le parece a usted, señor marqués?

GREGORIO.—Lo intentaremos, aunque me parece que en balde.

CRISANTA.—¿Decide usted esperarla?

GREGORIO.—Sí.

CRISANTA.—Pues con su permiso. *(Al mutis.)* ¿A qué vendrá este otro? *(Mutis.)*

GREGORIO.—*(Sentándose.)* ¿Qué tal van sus asuntos? ¿Aquel de las minas del Rif?

BERNARDO.—A punto de perderse por lo mismo que han fracasado otros. Me gusta jugar con el peligro.

GREGORIO.—Mala afición.

BERNARDO.—Lo reconozco y sé que me va a dar un disgusto cualquier día. Pero no lo puedo remediar. Siento la voluptuosidad del riesgo. Vamos a suponer por un momento que yo fuese un hombre fuera de la ley: pues el verme libre no me contentaría si a cada momento no burlaba a los agentes de la autoridad, si no paseaba por delante de ellos mi impunidad cínica y temeraria. Vamos a suponer que yo fuese un ladrón y que me fuese dable robar de modo que mi robo no fuera advertido, que no se echase de menos lo robado, que no se buscara al autor: pues no me gustaría robar así, quedando inédito. *(Sincero, animándose.)* El placer estriba en que el delito se descubra, la Policía se movilice, se publiquen informaciones extensas, se

apasione la opinión... y ponerse uno a leer el periódico en las mismas narices de la Guardia civil.

GREGORIO.—¡Caramba!

BERNARDO.—Así sentiría yo si fuese ladrón. Sí, por ejemplo, yo me viese en el caso de explotar a una mujer, me gustaría que fuese casada y ser amigo del marido y temer a cada momento que me matase... o tener que matarle yo.

GREGORIO.—Son gustos muy originales.

BERNARDO.—Yo no soy un hombre vulgar. Soy un anómalo. Yo no sé qué nombre tendrá para los médicos mi anormalidad, mi manía. A mí me parece algo de narcisismo. El caso es que soy así. Gozo, siento la delectación de los momentos difíciles. Pero es porque triunfando en los momentos difíciles, me siento superior a los demás. Quisiera, al final de la vida, ser protagonista de un acontecimiento ruidoso, de esos de doble plana en "Nuevo Mundo", y que un repórter hábil reconstruyese mi biografía detalladamente... ¡La celebridad, amigo mío! Me obsesiona un gran apetito de celebridad. Yo sueño con ser un héroe de película. El jefe de la banda tenebrosa. ¿Quiere usted creer que envidié a Landrú?

GREGORIO.—¡Póngase a tratamiento!

BERNARDO.—No hay cuidado por ahora. Veremos si puedo salvar ese negocio en Africa. ¡Una mina de plata, sí, señor! Si lo salvo quedaré espléndidamente situado por un poco tiempo.

GREGORIO.—¿Para eso viene usted a ver a nuestra amiga?

BERNARDO.—Precisamente.

GREGORIO.—No creo que la pobre pueda hacer nada por usted.

BERNARDO.—¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

GREGORIO.—*(Que está ya muy escamado.)* Me parece recordar... Me dijo usted que la conocía antes de ser Hermana de la Caridad.

BERNARDO.—Sí, sí. ¡Ya lo creo!

GREGORIO.—En ese caso conocerá usted al canalla que la secuestró para ultrajarla. Por lo visto, la pobre le siguió engañada vilmente. Me gustaría tropezármelo al tal en la vida.

BERNARDO.—¿Para qué? Usted no tiene derecho a intervenir en ese asunto.

GREGORIO.—Es verdad. Pero como el mundo da muchas vueltas, ¿quién le dice a usted que no se ofrece coyuntura de hacerle a ese sujeto un favor? Dígame usted su nombre, si lo sabe.

BERNARDO.—El nombre no suele ser el medio más seguro de encontrar a una persona. Ya ve usted: Adoración, no es Adoración; Rodrigo Díaz, no es Rodrigo Díaz. *(Con intención.)* Es más frecuente de lo que se cree encontrar personas que usan nombres supuestos.

GREGORIO.—*(Alarmado, para sí.)* ¿Sabrá éste? *(Alto.)* Tiene usted razón, tiene usted razón.

BERNARDO.—El nombre y todo lo que sigue al nombre son postizos que un hombre se puede quitar y cambiar.

GREGORIO.—Es cierto, es cierto.

BERNARDO.—Atendamos a nuestra amiga. ¿Qué se propone?

GREGORIO.—Quitarse de nuevo el nombre y todos los postizos que lo siguen: ingresar en un convento; pero ahora va de veras, en un convento de los de clausura; desaparecer.

BERNARDO.—¡Eso es un disparate! ¡Nos va a fastidiar la idiota esa!

GREGORIO.—¿Eh?

BERNARDO.—Perdone usted. Es que tal cosa me parece un suicidio.

GREGORIO.—Según, según. Cuando las lleva a un convento una vocación, no es un suicidio, sino precisamente lo contrario. Pero en el caso presente no se trata de eso, por desgracia. Adoración quiere, sencillamente, eliminarse para no ser una sombra en la nueva vida de su legionario.

BERNARDO.—¡Habráse visto mayor estupidez!

GREGORIO.—Hombre, para mí no es ese el calificativo apropiado. Para mí se trata de un hermoso rasgo de renunciación.

BERNARDO.—¿Y qué dice a todo esto el galán? ¿Está en la higuera?

GREGORIO.—Perdóneme si le digo que su léxico no es el más discreto. Mi amigo el marqués de Balmes no se halla en ninguna higuera. El que me parece que está en ese árbol de mala sombra es usted.

BERNARDO.—Es mi carácter, mi modo de expresar las cosas gráficamente, lo que me hizo hablar así. Dispense.

GREGORIO.—¡Ah, bueno!

BERNARDO.—Preguntaba yo cuál es la actitud del marqués.

GREGOORIO.—Puesto que ella le desahució terminantemente, la de resignarse. Vea usted lo que me escribe. *(Saca una carta y lee.)* "No le extrañe a usted si no vuelvo por aquella casa. Mi madre, temerosa de que no sea firme mi resolución, me vigila constantemente por todos los medios, y estoy seguro de que, si yo fuese allá, me seguiría a los pocos momentos."

BERNARDO.—*(Interrumpiendo.)* ¡Es un bebé!

GREGORIO.—*(Mirando a Bernardo, se calla una réplica y sigue leyendo.)* "... y tendríamos otra escena. ¿Para qué? Adoración me hizo comprender lo falso de mis ilusiones. En mi vanidad de legionario, creí que había hecho una conquista. Comprenderá usted, amigo mío, que estoy en ridículo. Cancelemos este episodio, que, con apariencias de poesía, ha tenido tal desenlace de sainete. Volvamos, un poco avergonzados de nuestro proceder de colegial, a la realidad fría y humilde."

BERNARDO.—¡Es un canelo!

GREGORIO.—¡Dale! ¡Me ataca a los nervios su léxico, señor!

BERNARDO.—Me reportaré.

GREGORIO.—Procúrelo. Pues no obstante esa carta,

el marqués vendrá aquí. Le he llamado. Me ha encargado Adoración que venda todo lo que es suyo, lo destine a la caridad apenas ella haya desaparecido, y tengo mis motivos para temer que eso suceda hoy. He avisado a Rodrigo. *(Se oye hablar a Adoración.)*

ADORACIÓN.—*(Dentro.)* ¿Por qué le ha dejado usted pasar?

BERNARDO.—Déjeme solo con ella y respondo de que no se va al convento.

GREGORIO.—¿Usted lo va a impedir?

BERNARDO.—¿Yo?

GREGORIO.—Bueno. Hágase el milagro... *(Sale a escena a* ADORACIÓN.*)*

ADORACIÓN.—*(Tendiéndole la mano a Gregorio y prescindiendo de Bernardo.)* Buenos días, marqués. Vengo muy contenta. Todo está arreglado. Pronto conseguiré mi paz.

GREGORIO.—Y nos dejará usted de luto.

ADORACIÓN.—¿Por qué? ¡Nos veremos! ¿No se acercará a mis rejas alguna vez?

GREGORIO.—¡Muchas!

ADORACIÓN.—Pues ya verá cómo voy a estar encantada. Son unas monjitas muy cariñosas, y el convento..., ¡un palacio!...

GREGORIO.—Ya me dará usted pormenores. Ante todo, aquí, el señor, desea hablar en secreto con usted.

ADORACIÓN.—*(Duda.)* ¿En secreto? *(Se decide.)* Bien, sí, serán pocas palabras. Pase usted un momento ahí, al comedor. *(Va con él y le habla aparte.)* ¡Esté alerta! *(Alto.)* Pronto le llamaré.

GREGORIO.—*(Sacando un periódico del bolsillo.)* Bueno, leeré entretanto. *(Para ella, con intención.)* Me enteraré de lo que pasa. Hasta después, señor mío. ¡Y cuidado con el léxico, hombre! *(Mutis.)*

ADORACIÓN.—¿Cómo has entrado?

BERNARDO.—Rondaba tu calle esperándote, decidido a que hablásemos hoy; vi al marqués ese, al comediante ese, me hice el encontradizo en la escalera y me

colé. Tu vieja beata no ha tenido más remedio que dejarme pasar. ¡Si no puedes librarte de mí!

ADORACIÓN.—¿Que no? Veremos dentro de poco si me encuentras.

BERNARDO.—Ya sé que intentas encerrarte, abandonarme, dejarme en el arroyo. ¡Qué ingratitud!

ADORACIÓN.—¡Qué descanso!, digo yo.

BERNARDO.—¡No lo harás! ¡No me dejarás sin dos reales!

ADORACIÓN.—En la cárcel debía dejarte; debía llamar al primer guardia y gritarle: "¡Este es uno de los del asalto a la Banca Llovet; éste es uno de los de la falsificación de valores; éste es el que cobró el cheque robado!..."

BERNARDO.—¡Calla, o te ahogo!

ADORACIÓN.—*(Sin intimidarse.)* Pero no lo haré, porque no quiero el escándalo. ¡Voy en busca del silencio!

BERNARDO.—Si no estuviera ahí ese hombre...

ADORACIÓN.—Ahora estoy segura, y muy pronto lo estaré mucho más.

BERNARDO.—¿En el convento?

ADORACIÓN.—En el convento.

BERNARDO.—No acabo de tragarme esa píldora. Me parece que se trata de una combinación del legionario y tuya, que así queréis libraros de su madre y de mí. Y a la marquesa se la podréis dar; ¿pero a servidor?... ¡No ha nacido! Eso que se te quite de la cabeza. Por el rastro, como un perro policía, daré contigo donde te escondas.

ADORACIÓN.—*(Sardónica.)* Ahora veremos si es para eso tan listo como para burlar a la justicia.

BERNARDO.—Luego no vas al convesto.

ADORACIÓN.—Tú verás. No pierdas la pista. ¡Voy a dejarte desorientado por segunda vez!

BERNARDO.—La primera estaba desprevenido. Ahora, no.

ADORACIÓN.—Bien; pues hemos terminado.

BERNARDO.—¡Espera! ¿Por qué no haces las cosas por lo derecho? El marqués está por ti; si sabes sostenerte un poco, marquesa que te verás. En cambio, si obras como me temo, en cuanto él se canse, nos dará una patada.

ADORACIÓN.—*(Asqueada.)* ¡Oh! ¡No quiero oírte más!

BERNARDO.—¡Natalia, negra mía! Hazme caso. Por buscarte he cruzado la frontera, y estoy aquí a sabiendas de que, si me cogen, no saldré más. ¡Me atraes fatalmente! Mientras no supe dónde estabas, era un despojo. En cuanto te descubrí, reaccionó en mí la fiera. Soy canalla, lo llevo en la sangre, en la médula; pero ¡te quiero, Natalia! Te quiero a mi modo, según mi aberración. Por ti me gusta, me deleita envilecerme, y más feliz seré cuanto más bajo me haga caer este perverso amor mío.

ADORACIÓN.—Tu propósito no es otro que explotarme, hacerme producir dinero. Para eso me engañaste... Pero por si fuese verdad que me quisieras de ese modo que espanta, para mi venganza y tu castigo, oye: ¡Yo quiero al otro! ¡Le quiero con todas las fuerzas de mi alma y con todos los átomos de mi cuerpo!... ¡Le quiero! ¡Muérete de celos, miserable! ¡Le quiero al otro!... ¿Oyes bien? Por él voy a ocultarme, a sepultarme, a morir de frío, de ausencia y de soledad, pidiéndole a Dios que reciba la ofrenda de mi penitencia para que él me olvide y sea dichoso. ¡Así le quiero! Y al decírtelo hoy, cuando ya no vas a volverme a ver, cuando voy a ser toda para el divino Esposo, yo, que soy pura en mi alma, siento el placer que debió sentir su madre Inmaculada al aplastar la cabeza de la serpiente.

BERNARDO.—Me estás retorciendo el corazón; pero me gusta oírte. Queriéndole así no te esconderás. Bastará con descubrirle a él ese amor tuyo. ¡Ah!... ¡Seguirás a mi alcance y ejerceré mi poder sobre ti!

ADORACIÓN.—No conseguirás tu propósito, criminal..., por eso..., ¡porque le quiero! *(Aparece* RODRIGO. *Al verle Adoración, ahoga un grito.)* ¡Oh! *(Transición instantánea.)*

BERNARDO.—¿Por qué se calla usted, señorita? Siga, siga usted hablando.

RODRIGO.—No me explico... ¿Quién es usted?

BERNARDO.—No le importa a usted eso por ahora, señor marqués de Balmes. Para usted soy sencillamente la verdad. No le pida usted su pasaporte a la verdad.

RODRIGO.—Sigo sin comprender. ¿Qué verdad es esa?

BERNARDO.—Que Adoración le quiere a usted con todas las fuerzas de su alma, con todos los átomos de su cuerpo, y que por ese amor pretende ocultarse en una clausura para morir de frío, de ausencia y de soledad, pidiéndole a Dios que reciba la ofrenda de su penitencia para que usted la olvide y sea dichoso. He reproducido sus palabras, las que hace un minuto pronunciaba ella, claro es que con el acento y el calor que yo no les puedo dar.

RODRIGO.—¡Adoración!...

BERNARDO.—¿Ve usted? No se atreve a desmentirme.

RODRIGO. — Adoración, ¿qué dice este hombre? ¿Quién es?

BERNARDO.—"¿Quién es?" ¡Pero qué empeño más inoportuno! La suerte y la desgracia no le preguntan a uno quién es. Llevan su camino y encuentran en él a las personas o no. ¡Ya sabrá usted quién soy, no tenga prisa! Sobre todo, ¿qué importa quién soy? "Seré" un amigo de usted. Me tendrá usted que agradecer siempre, señor marqués de Balmes, esta revelación: ella le quiere a usted.

RODRIGO.—Sin duda, sin duda se la tendré que agradecer a usted y seremos amigos. Su intervención en nuestras vidas les daría un nuevo rumbo, y bien vale ello una buena amistad. Pero ella calla.

ADORACIÓN.—No me han quedado fuerzas. Creo que voy a volverme loca.

RODRIGO.—Una sílaba no más. ¿Es verdad lo que dice este caballero?

BERNARDO.—*(Para sí.)* Caballero. Esto va bien.

RODRIDO.—Una sílaba y no más, Adoración.

BERNARDO.—No se atreve a negar.

ADORACIÓN.—No me atrevo a nada. ¿Qué va a suceder después de una palabra mía?

RODRIGO.—Si es la que yo espero...

BERNARDO.—¿Se casará usted con ella?

RODRIGO.—Naturalmente.

BERNARDO.—Le cojo la palabra, señor marqués. ¡Y no esperaba otra cosa! Se casará usted con ella a pesar de todo.

RODRIGO.—¿Qué es todo? ¡Yo no sé nada! ¡No toleraré que nadie sepa nada! ¿Entiende usted?

BERNARDO.—Entiendo y soy de la misma opinión.

RODRIGO.—Señor mío, es hora ya de que nos pongamos de acuerdo unos con otros y con nosotros mismos. Nuestras acciones, aisladamente, una a una, no significan nada; como no dibujan nada, sueltos, uno a uno, los hilos de un tapiz. El conjunto de nuestras vidas es otra cosa. No se debe juzgar a nadie por lo que una vez, en una ocasión, en determinadas circunstancias, hizo. Se le debe juzgar por lo que es. Si es bueno, para ponerle en condiciones de que no vuelva a obrar mal; si es malo, para precavernos de sus malas obras. Por eso Dios perdona a unos pecadores y a otros los condena por toda la eternidad. Es justo castigar a los malos. ¡Pero es también de suprema justicia perdonar los pecados de los buenos!

BERNARDO.—Yo había pensado eso mismo, pero no lo sabia decir.

RODRIGO.—Pero usted calla, Adoración. ¡Estoy pendiente de una palabra de usted!

ADORACIÓN.—¡No puedo decir nada! ¿Qué va a suceder después de una palabra mía?

RODRIGO.—No es posible que yo siga sin saber.

ADORACIÓN.—Márchese usted, Rodrigo. ¿Por qué ha venido usted? ¿Qué fatalidad le ha traído a usted?

BERNARDO.—Sospecho que no va usted a sacarla de ahí. Las mujeres no gustan de hacer explícitamente su declaración. Es uno de los encantos de su sexo el tener siempre algo de esfinges. Quieren, en todo caso, mostrarse sorprendidas y dominadas. Siga mi consejo. Obre usted como si lo que a mí me ha oído se lo hubiese oído a ella. Yo le aseguro que reproduje una por una sus palabras.

RODRIGO.—Tiene usted razón. Su silencio no puede significar la negativa. *(Vuelve* GREGORIO. *Trae el periódico en la mano.)*

GREGORIO.—Sí que era interesante la lectura del periódico. *(Lo dobla y se lo guarda.)* ¿Qué? ¿Han sido eficaces sus argumentos? Sospecho que eficacísimos.

BERNARDO.—¡Concluyentes! He puesto a la luz del día la verdadera situación.

GREGORIO.—¡La verdad a la luz del día! Yo también me propongo hoy desnudar la verdad. Adoración, cada uno llevamos en nuestra alma nuestra propia verdad. Sea usted fiel a la suya. Hable usted.

ADORACIÓN.—¡No hablaré! ¿Qué sucedería si yo dijese mi verdad? ¡No hablaré! ¡Que muera conmigo la verdad! ¡Márchese, Rodrigo!

RODRIGO.—¿Quiere usted que me marche con la duda? ¡Eso no! Una palabra de usted; ésa que no dice me hará salir y alejarme sin volver la cabeza, o quedarme resueltamente. Ser o no ser, Adoración. O lo que fuimos, o lo que queremos ser.

ADORACIÓN.—Aléjese, Rodrigo, sin volver la cabeza.

RODRIGO.—¿Luego este señor mentía?

ADORACIÓN.—Sí y no.

RODRIGO.—¡Hay para enloquecer! *(Aparece* CRISANTA.*)*

CRISANTA.—La señora marquesa, el señor conde.

ADORACIÓN.—Déjenme recibirlos yo sola; lo suplico y ¡lo ordeno!

RODRIGO.—Yo me quedo aquí.

ADORACIÓN.—Usted menos que nadie.

RODRIGO.—Obedezco... porque aguardo.

GREGORIO.—Vamos. *(Empujando a Rodrigo.)* Usted primero. *(Cediendo el paso a Bernardo.)* Ahora usted. ¡Y ahora yo! *(Hacen mutis como el diálogo indica. Adoración, sola, espera en silencio, erguida, como una estatua. Llegan la* MARQUESA y *el* CONDE.*)*

LA MARQUESA.—Responda usted. ¿Está mi hijo en esta casa?

ADORACIÓN.—*(Señalando la puerta.)* Ahí está.

EL CONDE.—¿Voy?

LA MARQUESA.—Sí, ve. Nosotras hablaremos brevemente. *(El Conde cruza la escena y pasa al comedor. Mutis.)* ¿Así me cumple usted su palabra?

ADORACIÓN.—Le juro a usted, por la salvación de mi alma, que yo no le he llamado.

LA MARQUESA.—Me van mereciendo poca fe sus juramentos.

ADORACIÓN.—¡No he quebrantado ninguno!

LA MARQUESA.—Explíqueme usted la presencia de mi hijo aquí.

ADORACIÓN.—Yo no lo he llamado. Dios, que todo lo dispone, le habrá hecho venir.

LA MARQUESA.—¿Entre ustedes acaso ya...?

ADORACIÓN.—¡No, señora marquesa!

LA MARQUESA.—Entonces, estamos a tiempo. ¿Estamos a tiempo?

ADORACIÓN.—No lo sé.

LA MARQUESA.—¡Ah! ¿No lo sabe usted?

ADORACIÓN.—Nada está ya en mi mano.

LA MARQUESA.—He conseguido para usted un refugio santo, donde hubiese de hallar la única dicha a que puede aspirar, en su caso, una mujer. No le ofrecía a usted una casa de corrección: por mi influencia iba usted a ser admitida en una congregación selecta, en una clausura de lujo. He mezclado mi nombre en esto

negocio, y ahora, cuando el plazo iba a cumplirse, cuando está próximo el momento, elude usted el compromiso diciéndome que no está ya en su mano. ¡No está ya en su mano, y mi hijo ha sido atraído a esta casa!

ADORACIÓN.—Señora marquesa, por lo más fuerte que hay en mi alma, por el amor que a él le tengo, juro que yo no le he llamado.

LA MARQUESA.—Usted no puede hablar de amor.

ADORACIÓN.—Señora, ese derecho es el único que no me puede usted negar. Si no le quisiera... ¿me resignaría a enterrarme viva? Si fuese yo lo que usted tal vez imagina, con una sola palabra le dejaría a usted sin hijo, sin su veneración, sin su respeto... ¡Con un beso... se lo arrebataría a usted para siempre! Y mis labios callan... porque le quiero más que usted, señora. Usted, cuando le vió sin honor, le castigó inexorable, y yo le amé sin saber si tenía honor o no lo tenía; usted le quiere porque es su hijo, es decir, porque amó usted antes, y yo le quiero libremente, sin que me lo mande ninguna ley; usted le quiere por lo que es, y yo, por lo que no es. ¡No me puede usted negar ese derecho!

LA MARQUESA.—Amor es sacrificio.

ADORACIÓN.—¿Tiene usted ahí su coche? ¡Vamos! Salgamos sin que nos adviertan. Lléveme usted misma, ahora mismo. Anticipemos unas horas el momento. Lléveme usted misma. Ante sus ojos atravesaré la puerta que no se ha de abrir para mí nunca más. Usted me verá entrar y desaparecer. Usted le dió a él la vida. ¡Yo voy a darle mi muerte! Todavía estamos a tiempo. Dentro de un minuto tal vez ya no estemos a tiempo. ¡Vamos. señora, vamos!... ¿Por qué duda usted ahora?

LA MARQUESA.—¡Yo no la llevo a usted! Me iba a parecer que la secuestraba.

ADORACIÓN.—Es que empieza usted a comprenderme.

LA MARQUESA.—Creo que sí. Es una gran desgracia

que esos sentimientos hayan nacido en su corazón... o que tenga usted corazón... Es una lástima que sea tan dura la ley de la mujer. El mundo, hija mía, suele querer perdonar a la mujer; pero es dificilísimo que la quiera redimir. Sus seis años de abnegación y de heroísmo pueden haber conseguido de la sociedad que la llame a usted santa, pero no que la llame señora. Esa es la ley de la mujer. Para la mujer, en lo tocante a su honor, no hay más que los dos extremos, los dos absolutos: ser o no ser.

ADORACIÓN.—Estoy dispuesta a sufrir mi pena. Lléveme usted, señora. ¡Vamos! Vamos antes de que le vuelva a ver. Aprovechemos este instante. Ahora tengo valor. Sé que al cerrarse la puerta que me excluirá del mundo, usted, la madre de él, va a agradecérmelo y a llorar. Vamos, señora.

LA MARQUESA.—No. Yo no la llevo a usted. Si juez puedo haber sido, su carcelero, no.

ADORACIÓN.—Sabe usted que voy libremente. Vamos, señora, acompáñeme usted.

LA MARQUESA.—¡No puedo!

ADORACIÓN.—Tenga usted el valor de sus actos, señora.

LA MARQUESA.—No... Espere. Es muy duro que se encierre usted en este momento. De todos modos, yo sería quien la hubiese empujado. El honor de un linaje, de que soy depositaria, me obliga a ser inflexible en el juicio; no a ser cruel en la acción. Deje usted pasar otra noche. Piense usted esta noche en ello; piénselo bien, y mañana... vaya usted al convento o no vaya. Yo no digo que lo haga o que no lo haga. Yo me aparto de la cuestión.

ADORACIÓN.—*(Despectiva, irónica.)* Y de ese modo, gran señora, usted dormirá tranquila. Usted, hija de señores, que ignora lo que es un castigo, un día de hambre; usted, que tiene una virtud que no se ha visto en el caso de defender; usted, a quien no han pegado

ni insultado nunca; usted, que se ha limitado a vivir..., dormirá tranquila. La perdida, la sin honor, es una buena chica, que tiene corazón, que está enamorada y que se sacrifica voluntariamente... Luego podrá usted casar a su hijo con otra dama de su misma alma de usted, sin pecados..., pero sin virtudes; almas medio muertas.

LA MARQUESA.—Es inútil continuar esta conversación. *(Va a la puerta del comedor y llama enérgicamente.)* ¡Hermano! *(Vuelven el* CONDE, RODRIGO, GREGORIO *y* BERNARDO. *Gregorio se sitúa a la derecha de Bernardo, y se advertirá que no le pierde de vista un movimiento.)*

EL CONDE.—Salgamos. Se respira aquí un ambiente equívoco..., de hampa.

GREGORIO.—Puesto que nos vamos a separar, señores, y tal vez para no volver a vernos, recabo un minuto. Deseo declarar mi pequeña verdad. Señores, yo no soy marqués.

EL CONDE.—Lo sospechaba. Aquí no se sabe de nadie quién es.

GREGORIO.—Es la suerte que juega con nosotros como un niño con sus muñecos. Yo conocí a estos señores con dos nombres supuestos, en dos situaciones fingidas, y ellos me tomaron a mí por marqués. Lo soy... de apellido. Quise seguir la ficción inofesiva por vivir un poco fuera de mi vulgaridad de viajante. En esta comedia he representado un modesto papel. Perdonen ustedes a un pobre hombre a quien su sino ha gastado la broma de oírse llamar siempre lo que no es.

EL CONDE.—Es una superchería muy censurable.

GREGORIO.—Sí, señor. Por eso ahora, cuando me toca obrar como hombre y no como fantoche, recobro mi personalidad: Gregorio Marqués. *(Levantando la voz.)* Adelante, señores. *(Aparecen por el foro los* POLICÍAS PRIMERO *y* SEGUNDO.*)* Señores policías, ¡éste es!

POLICÍA PRIMERO.—Estás detenido. Vamos. *(A Bernardo.)*

BERNARDO.—*(Con sangre fría y cinismo.)* He caído en la trampa. *(Rápidamente saca una pistola y apunta a Rodrigo.)* Pero no me iré sin matar...

ADORACIÓN.—*(Cubriendo a Rodrigo con su cuerpo.)* ¡A mí!

GREGORIO.—*(Que, simultáneamente a las dos acciones, trinca la mano de Bernardo.)* ¡A nadie! *(Los dos policías rápidamente sujetan a Bernardo y lo desarman.)*

LA MARQUESA.—¡Qué espanto!

BERNARDO.—¡No ha podido ser! *(Los policías le obligan a salir de la escena.)* Has ganado la partida. Adiós, Natalia... ¡No me perdones! *(Mutis Bernardo y los policías.)*

ADORACIÓN.—*(Cayendo anonadada en una butaca.)* ¡Qué horror, Dios mío!

RODRIGO.—Madre: su vida, la que fué antes y la que fué después, la única que tiene, ¡su vida!, es la que entregaba a cambio de la mía. ¿Qué dices ahora?

LA MARQUESA.—¡Que se la debes!

ADORACIÓN.—¡Oh! ¡Señora! *(Va junto a la marquesa e intenta besarle la mano.)*

LA MARQUESA.—No. A mis brazos. ¡Hija mía!

RODRIGO.—¿La has llamado hija?

LA MARQUESA.—Sí, la he llamado hija.

RODRIGO.—Porque la has sentido nacer en tu alma. Ya está, ya ¡es! en tu alma. *(A Adoración.)* Levanta la frente, mujer. Vamos a ser nosotros mismos. Ni lo que tenemos, ni como nos llamaron. ¡Nosotros! Ser buenos o ser malos. Ser o no ser. ¡Esta es la cuestión!

TELON

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9.-- MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección

La Editorial Estampa

La **Editorial Estampa**

empezará a publicar, muy en breve, el

TEATRO SELECTO

de

D. CARLOS ARNICHES

en volúmenes de obras escogidas por su ilustre autor, como las más representativas de su teatro.

El primer tomo, que irá avalorado por un magnífico prólogo del gran escritor JOSE CARNER, contendrá las siguientes obras:

LA CHICA DEL GATO,

EL SEÑOR ADRIAN EL PRIMO

y **LAS ESTRELLAS**

Precio del ejemplar: **3** pesetas.

Pedidos a EDITORIAL ESTAMPA

Paseo de San Vicente, 18. — MADRID

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 **céntimos**

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

ADMINISTRACION:

RIVADENEYRA (S. A.)

SECCION DE PUBLICACIONES

Paseo de San Vicente, 20. Madrid.

Precio del ejemplar: 50 céntimos.

Cubierta de este número:

EL MISTICO

de SANTIAGO RUSIÑOL.

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.